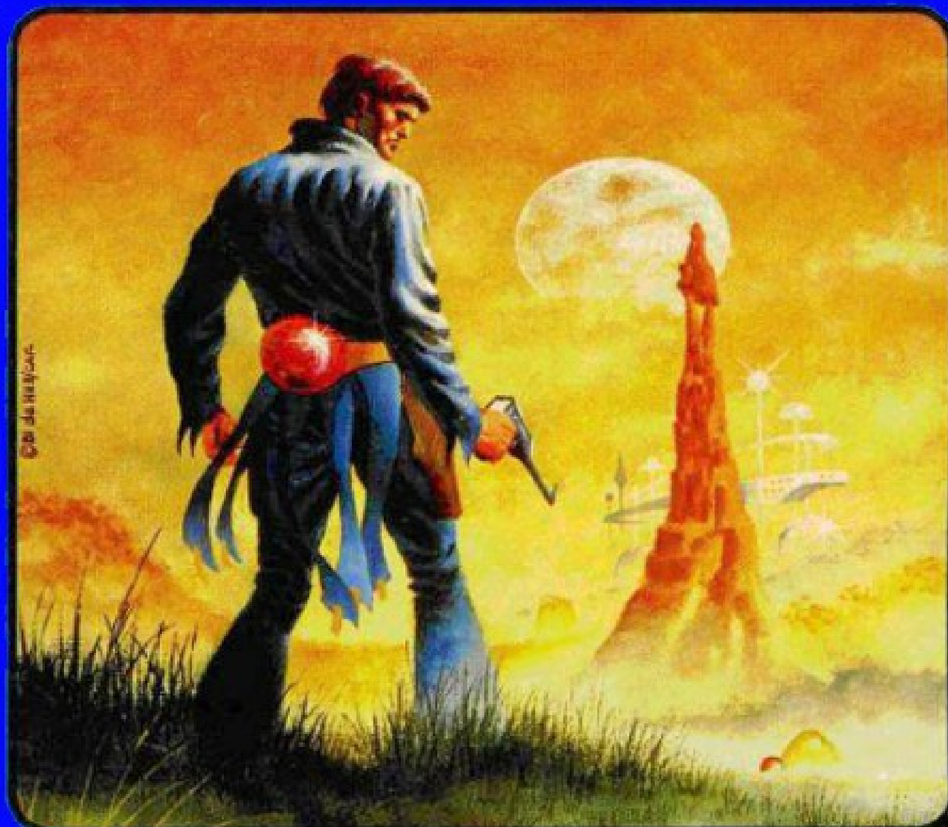
Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Alex Towers

Aliado de la Tierra



EDICIONES FORUM

Alex Towers
(Superioridad 06) Aliado De La Tierra

Datos del libro
Autor: Towers, Alex

Colección: Galaxia 2000
ISBN: 9788475980393
Generado con: QualityEbook v0.60

1

LA tormenta anunciada había alcanzado la ciudad al mediodía, y desde hacía varios minutos llovía copiosamente.

Lonvy Sugiyama contemplaba la lluvia. Tenía los ojos entornados y pensaba mientras esperaba al hombre que había mandado llamar.

Volvió las espaldas al ventanal, y se preguntó si algún día el planeta terminaría civilizándose y las inclemencias climatológicas dejarían de ser hechos que empezaban y terminaban a capricho de la naturaleza.

Aquel mundo necesitaba un control urgente del tiempo, decidió.

Lonvy aborrecía la lluvia y el frío. Le gustaban los climas cálidos, el sol y el suave viento que procedía del mar y llegaba cargado de aromas marinos.

Encendió un cigarrillo. Fumó despacio, expulsando el humo con parsimonia.

Nicholas Melnick estaba demorándose.

Empezó a fumar con más rapidez. Sabía que podía acabar de mal humor si Melnick tardaba.

Debía considerar la posibilidad de enviar un informe a la Tierra solicitando la urgente implantación de un satélite climatológico. Al menos, que no lloviera en aquella región…

Dejó de divagar. Su secretario le anunció la llegada de Nicholas Melnick.

—Hágale pasar —dijo recobrando la serenidad en el rostro y arrojando el cigarrillo. No le gustaba que le vieran fumar. Odiaba tener que reconocer que seguía siendo adicto al vicio tan extendido en la Tierra y que tan costoso le resultaba mantener en un planeta donde el tabaco era un artículo de lujo.

Sugiyama adoptó una actitud indolente y así le encontró

Melnick cuando entró en el despacho.

—Buenos días, Sugiyama —saludó con una media sonrisa, mientras caminaba hacia la mesa tras la que parecía defender su trinchera el Delegado de la Superioridad en el planeta Selwun.

—Siéntate, Nick —invitó Lonvy.

—Siento haber tardado.

—No tiene importancia.

—Al llegar esta mañana, me encontré con problemas en la sección de Informes.

—Te he dicho que no tienes que disculparte. Esta entrevista no debes considerarla como oficial.

Melnick trató de esbozar una sonrisa. Aunque él no dependía directamente del Delegado, tenía motivos para recelar de la actitud amable de Sugiyama. Todos los funcionarios sabían sobradamente que era un personaje introvertido y peligroso. Quien se enemistaba con él podía apostar cualquier cosa a que su empleo peligraba.

Sugiyama tenía fama de hombre duro y capaz de apartar de su camino a cualquiera, por motivos estúpidos incluso.

—Tú dirás —dijo Melnick, sintiendo deseos de dejar de tutear al Delegado, como éste le había pedido que lo hiciera durante el transcurso de una fiesta en la que abundó el alcohol, las drogas y las mujeres.

—¿Conoces a un recién llegado llamado Stan Swoger? —preguntó Sugiyama, mirando a Nicholas directamente a los ojos.

Melnick desvió la mirada. Empezó a ponerse nervioso. Inmediatamente pensó en Swoger. ¿Qué podía haber hecho Stan a Sugiyama? Se agitó nervioso y trató de volver a cruzar su mirada con la del Delegado.

—Sí, claro —añadió.

—Trabaja en tu departamento.

—Sí.

—Un Informador de primera clase, tengo entendido.

—Antes estuvo en Umbaran, creo. Allí hizo una buena labor y le ascendieron.

—Ah, sí. Dejó de indagar; un trabajo muy duro. ¿Qué tal se comporta?

—No tengo ninguna queja. Ya sabes que este mundo absorbe la información de un sector no muy conflictivo —Melnick dejó de

restregarse las manos y decidió que lo mejor era abordar directamente el asunto. A Sugiyama le complacían mucho los prolegómenos—. ¿Ha ocurrido algo con Swoger?

—Oh, no —se apresuró a sonreír Lonvy. Dejó de hacerlo súbitamente y sus facciones orientales se endurecieron—. Sin embargo, tengo informes confidenciales de él y pienso que es un elemento subversivo.

—¿Stan? —Preguntó Melnick con incredulidad—. ¿En qué te basas para sospecharlo?

—Stan Swoger y yo estudiamos en la misma Universidad.

—Lo ignoraba y... me desconcierta saberlo —dijo Melnick.

—¿Por qué?

—Jamás os he visto juntos.

—Nunca simpatizamos.

Melnick decidió que podía pensar en un epitafio para la vida política de Swoger en el planeta Selwun. Sugiyama le tenía en su punto de mira y ya estaba acariciando el gatillo.

Intentó recordar si Stan le había dicho algo respecto a su vieja amistad — ¿o enemistad?— con el Delegado.

—Mi falta de simpatía por Swoger empezó el día en que él me confesó que odiaba el sistema político de la Superioridad —dijo Lonvy—. Quiero que comprendas que no me impulsa ningún resentimiento particular contra Swoger, sino mi celo por el régimen al que hemos jurado fidelidad.

Melnick asintió. Sugiyama estaba adornando su particular repulsa hacia Swoger escudándose en decisiones de dudosa objetividad.

—Su historial no puede ser más limpio... —intentó una defensa de Swoger que sabía no podía prosperar. Cuando Sugiyama tomaba una decisión, nada ni —nadie era capaz de hacerle cambiar de postura. ¿Para qué insistir?, se dijo, con gesto fatalista, encogiéndose de hombros.

Sólo le quedaba la curiosidad por saber la falta cometida por Swoger y que podía haber ofendido

—Recuerdo en la Universidad que obtuvo excelentes calificaciones —dijo Sugiyama—. Pero esto no le excusa. Quiero, en nombre de la Superioridad, que Stan Swogen sea vigilado estrechamente, Melliek.

—¿De qué manera? —preguntó un poco irritado.

—Quizá deberíamos someterle a una prueba —dijo el Delegado. Tenía fruncido el ceño y su actitud parecía pensativa.

Melnick sabía que era una imagen falsa. Sugiyama lo tenía todo bien pensado, decidido. Ahora, el Delegado entraba en sus teatrales actitudes, de las que era tan aficionado.

—Desde que supe que Swoger había sido trasladado a tu departamento, Nick, comprendí que tarde o temprano tendría que contártelo todo. Es posible que Stan haya recapacitado y ya no piense como cuando era un estudiante exaltado.

—Es lo más probable.

—Pero debemos aseguramos.

—Te prometo que le tendré vigilado. Además, no creo que Selwun nos cause esos problemas que tanto temes. Aquí no existen disturbios ni animosidad contra la Superioridad. Es un planeta próspero y nadie se ocupa de la política porque todos están muy distraídos llenándose los bolsillos. Son tiempos de prosperidad...

Lonvy había estado asintiendo con la cabeza a todas las palabras de Melnick, pero cuando éste acabó de hablar, dejando en suspenso sus palabras, dijo enarbolando otra vez su sonrisa más amplia:

—Envíale a otro lugar. Una misión algo especial podría sacarnos de dudas. Sabríamos si Swoger merece nuestra confianza o no.

—¿Una misión? —Melnick sabía que la insinuación de Lonvy podía ser una buena solución. Quizá no se proponía firmemente defenestrar a Swoger, quizá se había equivocado al juzgar tan duramente al Delegado—. Sería factible, sí.

—Mándale a Angalisy.

Melnick palideció. Mentalmente maldijo al Delegado. Otra vez se había dejado engañar por sus palabras suaves.

Preguntó:

—¿Por qué a Angalisy?

—La Superioridad está necesitada de informes procedentes de ese planeta.

—Está en nuestra jurisdicción, pero no pertenece a la Superioridad. Digamos que es un aliado difícil...

—Se puede enviar allí a Stan.

—Sus informes serían...

—Muy reservados, claro.

—Sería casi una labor de espionaje.

—No confundas los términos. Sólo información.

—No puedo hacer eso, Lonvy.

Sugiyama ya no sonreía cuando echó la cabeza hacia atrás.

—Claro que puedes. Eres su jefe.

—Melnick empezó a sudar.

—¿No lo comprendes? Si envío a Swoger allí, sería como humillarle, degradarle. No se manda a un funcionario de su categoría a un mundo no integrado en la Superioridad; ésa es una labor para los agentes especiales. Swoger no podría exhibir su pasaporte de alta prioridad...

—Seguro que no tendría ese privilegio; pero como ciudadano de la Superioridad no le podrían negar la entrada en Angalisy. Unas semanas allí nos permitirían conocer sus pensamientos políticos actuales, sin duda.

Melnick negó con la cabeza. Sugiyama sonrió a pesar de verle cubierto por una firme decisión.

—Lo harás, Nicholas Melnick.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Replicó Melnick un poco violentamente—. No tienes autoridad sobre mí, pese a tu condición de Delegado. Yo...

—Tú me harás caso, querido amigo.

—Sería cometer una falta, una injusticia contra un hombre que no me ha dado motivos. Lonvy, si tú tienes algo contra él, deberías enviar un informe a la Tierra y denunciarle.

—Prefiero que antes esté algún tiempo en Angalisy. Luego decidiré.

—Te repito que no ordenaré a Swoger que haga las maletas.

Sugiyama se encogió de hombros.

—Como quieras. Lo hará quien te sustituya.

Melnick estuvo a punto de saltar de su asiento.

—¿Qué estás insinuando?

El Delegado le contempló como se mira un insecto antes de aplastarlo con asco.

—Tal vez no tenga pruebas para enviar un informe de Swoger a

la Tierra, pero sí dispongo de suficiente material para expedientarle, Melnick. Tus superiores en la Tierra se sentirían muy complacidos cuando supieran de tus cuentas manipuladas, de las desviaciones de dinero que has estado haciendo durante estos últimos tiempos. Tus deudas de juego son elevadas, ¿no?

Melnick dejó de estar tenso y se desplomó pesadamente en el sillón. Fue incapaz de mirar al Delegado.

—Sé que frecuentas ciertos círculos donde se juega fuerte, se apuesta —dijo Lonvy—. Una revisión de tus gastos revelarían que has escamoteado más de trescientos mil créditos del presupuesto.

—Pienso reintegrarlos...

—Es posible, pero no antes de un mes; y te juro que en una semana se sabrá en la Tierra tu desfalco.

—¿Lo harías, Sugiyama? ¿Qué pretendes? ¿Eres capaz de dejar impune mi falta si a cambio pones en un aprieto a Swoger?

—No te hagas tantas preguntas y respóndeme si estás dispuesto a hacerme el pequeño favor de enviar a Swoger a Angalisy.

—¿Qué harás tú si te digo que sí?

—No sólo me olvidaría de lo mal cuadradas que están tus cuentas, sino que te prestaría el dinero suficiente para nivelarlas. Sin interés alguno.

Melnick se mordió los labios. Siempre había creído que iba a salir airoso de su situación, que reintegraría el dinero en breve, cuando sus abogados vendieran sus lotes de acciones mineras. Pero la gestión necesitaba un mes. Ahora, el Delegado le chantajeaba. ¿Qué podía hacer?

Volvió a preguntarse por los motivos que tenía Sugiyama para aborrecer tan profundamente a Stan Swoger. Quizás algún día lo supiera.

Un destello de esperanza brilló en su mente. Si enviaba a Swoger a Angalisy no significaba nada. Stan podía volver en pocos meses y el Delegado seguiría sin tener un motivo firme para expulsarle del departamento de Información, y para entonces él habría arreglado el desaguisado y no seguiría siendo vulnerable.

Angalisy era un mundo conflictivo y poco atractivo para ser visitado, pero no un infierno.

—El problema es decirle a Swoger cara a cara que debe ir como un vulgar informador a Angalisy —dijo lentamente.

Lonvy sugirió:

—Hazlo mediante otro. Ese día tú puedes irte al otro extremo del planeta. Tómate unos días de descanso.

—Tendré que hacerlo. No sería capaz personalmente.

—Me es igual —sonrió Lonvy.

Cuando Nicholas Melnick salió del despacho del Delegado, no cesaba de estrujarse el cerebro para

Sugiyama que Swoger

Durante mucho rato estuvo recordando todo cuanto sabía respecto a aquel planeta.

Acabó con dolor de cabeza y sin una respuesta lógica.

2

LA chica era de una belleza impresionante y su presencia en el vestíbulo fue descubierta enseguida por Lonvy Sugiyama.

Estuvo tentado de llamarla por su nombre y difícilmente logró contenerse. El nombre de Lorena Cannon repiqueteó insistentemente en sus labios, hasta que la vio desaparecer dentro de uno de los ascensores.

Se olvidó de todo, y con el pensamiento lleno de ella, Sugiyama indagó en el portero-computador de entrada. Haciendo uso de su privilegio obtuvo la respuesta: Lorena estaba allí para hablar con Nicholas Melnick.

Lonvy anduvo por el vestíbulo, abstraído con sus pensamientos. Algunas personas que se cruzaban con él le saludaban respetuosamente, pero el Delegado no se percataba de ello.

Cuando un ayudante se acercó y le dijo que su vehículo estaba dispuesto y le aguardaba fuera, tuvo que repetirle las palabras para que al final las oyera.

—No lo voy a necesitar por ahora —replicó de mal talante echando a caminar con pasos presurosos hacia su ascensor privado.

Una vez en su despacho, se dejó caer pesadamente en el sillón y rumió su despecho. Pensó que no había tenido mucha suerte, pero rápidamente se dijo que no debía achacarle nada a su mala fortuna, sino a su falta de previsión.

Debió haber ordenado que a Lorena Cannon no se le hubiera permitido la entrada en el edificio. Ahora ya era tarde para impedirle entrevistarse con Melnick.

¿Qué le estaría diciendo la chica a Melnick en aquellos momentos? ¿De qué forma y en qué tono le estaría escupiendo su rabia? ¿Qué reproches usa ría?

Lonvy emitió una maldición entre dientes y apretó el botón del

comunicador. Apenas surgió la voz de su secretario, le ordenó:

—Avíseme cuando la visitante Lorena Cannon salga del despacho de Nicholas Melnick.

Se reclinó más en el sillón y decidió esperar.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando su secretario le avisaba de que Lorena caminaba por los pasillos del décimo nivel.

Sugiyama saltó del sillón y pasó como una exhalación delante del asombrado secretario, se precipitó en el ascensor y marcó el décimo piso del tablero, rogando mentalmente que su intento de hacerse el encontradizo con Lorena fuera lo más real posible.

La vio cuando ella estaba a punto de entrar en una cabina.

—Lorena —la llamó.

La chica giró la cabeza y le observó. Lonvy sintió reseca su garganta y otra vez se preguntó cómo era posible que una mujer fuera capaz de turbarle hasta el extremo de hacer que se comportara como un estúpido adolescente.

Pero ella era Lorena, no una mujer corriente; la única que había amado en su vida, por la que odiaba profundamente al hombre que ella quería y por quien había llegado a despreciarle públicamente en la Tierra, incluso a reírse en su propia cara.

Sin embargo, Lonvy lo había olvidado todo cuando la tuvo delante. Sentía que su sangre hervía tumultuosamente al tenerla tan cerca. Emitió una sonrisa y dijo:

—Me habían dicho que estabas en Selwun. Estoy muy contento de verte.

—Debiste suponer que había venido acompañando a Stan respondió ella con aspereza. Enseguida se mordió los labios y añadió—: Siento haberte hablado así.

—¿Qué te ocurre? ¿No has encontrado a Stan?

Ella alzó la mirada que había empezado a bajar.

—¿Ignoras a dónde le han enviado?

—Stan no trabaja para mí. Es un informador.

—Era un informador. Vino aquí con un cargo de más rango, y ahora un estúpido le ha desprestigiado enviándole a un mundo llamado Angalisy.

—No entiendo nada. ¿Por qué no me lo explicas?

Ella dudó un instante. Sugiyama la tomó de un brazo y la condujo hasta una habitación cercana, haciéndola sentar en una

silla situada junto a una ventana. Él tomó otra y se acomodó frente a ella.

—Querida Lorena, olvida por un momento las disputas que tuvimos en la Tierra y cuéntamelo todo.

La chica agitó nerviosamente una mano y desvió su mirada hacia la ventana.

—Hace ocho días ordenaron a Stan que marchara urgentemente a varios años luz de aquí, a Angalisy. Apenas tuvimos tiempo de despedirnos. Desde hace una semana he estado llamado a Nicholas Melnick, su jefe, para que me aclarase algunas dudas.

—Sé que Melnick es el responsable del departamento de Información. Continúa.

—Estaba ausente, y esta mañana me dijeron que había regresado. Stan quiso verle antes de partir para que le aclarase la extraña actitud que había tomado con él, pero no consiguió encontrarle por ninguna parte. Melnick firmó la orden y desapareció.

Lonvy no permitió que aflorase en su rostro la sonrisa interna que le llenaba de gozo. Reflejó una preocupación que distaba mucho de sentir y dijo:

—Esto es muy extraño. Me pregunto…

—¿Qué te preguntas?

—¿Habrá cometido Stan alguna falta y Melnick ha querido castigarle?

—Melnick jura que no hay nada de eso, pero mientras lo decía miraba hacia otra parte. No se atrevía a mirarme a los ojos —Lorena cerraba y abría una mano convulsamente mientras miraba alternativamente a Lonvy y su anillo de casada.

—Pero Melnick habrá alegado algo, algún motivo para haber elegido a Stan…

—Sí. Dice que no tenía otro informador libre y que la labor de Stan es provisional, que será reintegrado a su puesto apenas regrese.

—No te inquietes entonces, preciosa. Tu Stan estará de nuevo aquí dentro de dos o tres semanas. ¿Por qué tanta preocupación?

—Stan se marchó muy dolido.

—Se le quitará cuando acabe el trabajo y esté de nuevo aquí… en casa.

Lonvy estuvo a punto de decir que en los brazos de ella. Se

mordió la lengua. ¿Cómo podía augurar algo que le dolía tanto, aunque se lo imaginara?

Se levantó y dijo con tono marcadamente jovial:

—Desde que Stan llegó, apenas hablé con él. Pero ahora que sé que estáis los dos aquí, quiero pedirte que cuando regrese le digas que una noche deseo cenar con vosotros. Será como sellar nuestra vieja amistad que a punto estuvimos de romper en la Tierra a causa de unos estúpidos malentendidos.

Lorena se levantó, y mientras caminaba junto a Lonvy hacia los ascensores, le estuvo mirando de soslayo. Varias veces se preguntó si debía creer en la sinceridad de sus palabras. No podía olvidar las violentas escenas que tuvo que soportar en la Tierra, cuando ella le rechazó para elegir a Stan. Stan no se enteró de nada. Ella le mantuvo oculto. No quería más disputas entre dos viejos amigos que rompían su amistad por su causa.

—Lo haré, Lonvy. Cuando pueda, enviaré un mensaje a Stan. ¿De veras crees que no ha ocurrido algo que haga peligrar su carrera?

—Por supuesto que no, querida. Melnick es un mequetrefe que apenas sabe cómo llevar su departamento. Lamento no tener ninguna autoridad sobre él, pero anotaré esto y lo incluiré en su expediente. Ya sabes que yo debo velar por los intereses de la Superioridad en este sector y cuidar de que sus funcionarios no cometan excesos.

La chica dibujó su primera sonrisa desde hacía mucho tiempo y estrechó la mano que le tendía Lonvy. Llegó al ascensor y ella entró.

Sugiyama se quedó un rato allí después de haberse marchado la chica. Se acarició la mano que ella había tocado y, lentamente, regresó a su despacho. Su secretario le advirtió que dentro le esperaba Nicholas Melnick y le preguntó si quería verle. En caso contrario, entraría y le diría qué se marchara.

—No —sonrió Lonvy—. Atenderé al señor Melnick.

Cerró tras él la puerta de su despacho y conectó el sistema de seguridad. Cada vez que hablaba con Melnick tomaba aquella precaución.

Melnick se dirigió hacia él apenas le vio. Estaba muy alterado cuando le dijo:

—La esposa de Swoger ha venido a verme.

—Es evidente que ella tiene aquí algunos buenos amigos que le han informado de tu regreso. Una cara bonita consigue muchas cosas con una mera sonrisa.

—Ha sido una entrevista violenta…

—Ya se apaciguará.

—Estuve a punto de decirle que lo he hecho en contra de mi voluntad.

Lonvy le miró furioso.

—Estoy seguro de que no lo has hecho —Se alegraba mucho de haber hablado con ella y saber que Melnick no había sido tan estúpido como para hablar más de la cuenta—. Te juegas mucho.

Melnick abatió los hombros.

—Mi mujer y Lorena habían empezado a ser buenas amigas.

—No digas tonterías —rió Lonvy. Se acercó a su mesa de despacho y abrió un cajón. Sacó una lámina metálica y la arrojó encima—. Toma.

Nicholas no tuvo necesidad de acercarse para adivinar de lo que se trataba.

—Vamos. Tómalo —dijo Lonvy—. Es tu dinero. Te lo había prometido.

La mano de Melnick tembló visiblemente antes de tomar el certificado. Se lo guardó con rapidez en un bolsillo.

Lonvy extendió otro documento.

—Firma este recibo. No habrá intereses, pero es preciso que yo me garantice el reintegro de este préstamo. Claro que no habrá ninguna prisa por mi parte. Tendrás muchos meses para devolvérmelo, y, en cambio, tus finanzas estarán correctas y soportarán la inspección trimestral.

Melnick firmó y el Delegado dobló el papel cuidadosamente y lo deslizó en el interior del mismo cajón de donde había tomado el certificado.

—Hace ocho días, en este mismo despacho, me pregunté por las causas que te impulsaban a apartar de Selwun a Stan —dijo Melnick —. Ahora las comprendo.

—¿De veras?

—Sí. Se trata de Lorena. Sin embargo, te equivocas. No conseguirás nada de ella.

Lonvy respondió:

—Debería reírme de ti.

Todo esto es una tontería, Lonvy. Lorena me habló algo de vuestra vieja amistad. ¿Qué piensas conseguir? La ausencia de Stan no hará que Lorena se arroje a tus brazos. Él regresará en dos o tres semanas y todo continuará igual.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Cierto que Angalisy no es un paraíso y yo no quisiera estar allí un solo día, pero Stan no encontrará allí ninguna clase de peligro. Volverá.

—Oh, seguro que volverá —rio Lonvy.

¿Entonces? ¿Qué te propones? Stan tendrá derecho a recobrar su rango. Es imposible que tú consigas degradarle. Y aunque así ocurra, la chica le seguiría donde fuera.

—No a todas partes, Melnick, no a todas partes.

Las palabras suaves y agudas de Sugiyama estremecieron a Melnick. De nuevo volvía a mirar al Delegado como si fuera una alimaña de respiración venenosa. Pensó que debía tener una oculta intención. Todavía le quedaban triunfos en aquel juego que no comprendía, decidió con amargura.

—¿Qué te propones? ¿Acaso has alquilado un asesino para que mate a Stan apenas ponga los pies en Angalisy?

—No soy partidario de la violencia.

Lonvy se sentó muy despacio, y desde su cómoda posición miró divertido a Melnick.

—Espero que Stan regrese con su trabajo cuidadosamente cumplido. Como es lógico tú deberás transmitir a la Tierra sus datos. ¿No es así?

—Desde luego.

—Sería vulnerar las reglas si no lo hicieras.

—Sí…

—Entonces dejemos que pase el tiempo.

—Hablas con jeroglíficos y no entiendo nada en absoluto.

—Tu departamento tiene la misión de informar a la Superioridad, pero la Superioridad no tiene el deber de mantenerte informado, Melnick.

—¿A qué viene esto?

—Angalisy solicitó hace muchísimo tiempo su integración en la Superioridad.

—Siempre le fue negada su entrada.

—Claro. Resulta un mundo incómodo. Ya sabes, esa mala fama que tiene, pese a que sus regidores aseguran que los tiempos de violencia cesaron junto con sus constantes amenazas de guerra a sus vecinos.

—Lonvy, todo esto no tiene nada que ver con Stan...

—Lo tiene, Melnick, lo tiene. Resulta que dentro de varios días será anunciada a la galaxia que la Superioridad, una vez revisados los informes más recientes, ha decidido admitir en su paternal seno a Angalisy.

—Debería... —empezó a decir Melnick.

—Tú no debes hacer nada —silabeó el Delegado—. Te jugarías más que el puesto si te atrevieras a advertir a Stan. Puedes apostar que una larga estancia en un penal horrible. Tingani, por ejemplo, Melnick abrió y cerró la boca varias veces. —Puedes retirarte —dijo Lonvy.

Cuando lo hizo, Melnick ya no tenía dudas de la maquiavélica trama que Lonvy había lanzado alrededor de Stan Swoger.

Ojalá no volviera a tener que ver de nuevo a Lorena.

3

—ME llamo Oen Nelson.

Al oír estas palabras, Swoger volvió la cabeza y se encontró con un rostro sonrosado y una sonrisa amplia.

Quien le había hablado, le tendía una mano.

—Hemos viajado juntos, señor —volvió a hablar el llamado Nelson, acentuando su sonrisa, que a Swoger se le antojó empalagosa.

—Sí, creo recordarle —admitió Stan—. Disculpe. Mi nombre es Stan Swoger.

—Acertaré si pienso que no ha venido a Angalisy como turista —rió Oen.

—Ganaría la apuesta con ventaja —Stan recordó que el otro seguía con la mano tendida y se la estrechó con escaso entusiasmo—. ¿Qué busca usted en este planeta, señor Nelson?

Oen miró a todos lados, se inclinó sobre Stan y le dijo susurrante:

—Oficialmente soy comerciante; al menos es lo que dicen mis papeles. En realidad, mi oficio es el de investigador de noticias.

Stan enarcó una ceja. Pensó que el oficio de aquel tipo era muy semejante al suyo. Sonrió divertido. Por un momento olvidó tantas horas como llevaba esperando en el maldito edificio de aduanas del astropuerto de la capital de Angalisy, aguardando la confirmación de su visado.

—¿Por qué me lo dice? —preguntó—. Ignora si voy a denunciarle.

—Oh, no lo hará —Oen guiñó un ojo—. Le he visto en Selwun merodear los centros oficiales. ¿También buscaba un permiso como yo y que no le concedieron?

—Más o menos.

—Ah, jamás me equivoco, amigo mío. Desde que embarcamos y volví a verle, pensé que usted también era un enviado de una agencia de noticias para investigar la realidad de Angalisy.

Stan pensó en su falso pasaporte, en el que figuraba su profesión como la de un ingeniero astronáutico que pretendía establecer relaciones comerciales con una compañía espacial de Angalisy. Lo único cierto de ello era la existencia de la compañía.

Stan respondió:

—Lamento decirle que se equivoca, señor Nelson. Soy ingeniero y mis fines son comerciales. Estoy comisionado por una sociedad terrestre para contactar con comerciantes locales.

—Perderá el tiempo. Todo el comercio en Angalisy está bajo el control del gobierno.

—¿Y qué pretende usted? También perderá el tiempo. Cuando salga del planeta le pondrán desnudo y le mirarán por todas partes para evitar que se lleve información gráfica. Espero que disponga de buena memoria.

Stan sonrió después de decir esto. Por su parte, no tendría ningún problema para conservar datos de cuanto viese. Su mente estaba condicionada para ello. Esperaría a estar en la nave que le llevaría de vuelta a Selwun para llenar cientos de páginas con su informe, suponiendo, claro está, que lo que viera fuera de interés para la Superioridad.

Después del tercer día de viaje, había empezado a olvidar su rabia contra Nicholas Melnick, a quien no pudo ver cara a cara y escupirle las verdades que deseaba arrojarle con desprecio.

Oen mantuvo la boca cerrada mientras pasaba cerca de ellos una pareja de guardias de Angalisy, unos individuos altos y corpulentos, armados hasta los dientes y con gesto hosco en sus rostros tallados en granito, herméticos y despreciativos hacia los pasajeros que aguardaban en la sala de espera.

Cuando los dos guardias estuvieron lejos, Oen se llevó un dedo a su ojo izquierdo y confió a Stan:

—Hace tiempo que uso una cámara oculta aquí. Lo hago desde que perdí mi ojo en un accidente y me negué a que me injertaran otro. Preferí colocarme un sofisticado aparato. Me ha servido mucho en mi oficio.

Stan miró con curiosidad el ojo que señalaba Oen. No notaba en

él nada diferente al otro.

—¿Dónde almacena las grabaciones?

—En la mandíbula. Reservas con capacidad para cien horas. Todo increíblemente miniaturizado y fácilmente camuflado para parecer una prótesis dental.

—¿Dijo que oficialmente le negaron en Selwun el permiso para trabajar en Angalisy?

—Exacto. Algo se cuece en tomo a este planeta, amigo. Cuando detecté que existía cierta reticencia para darme el permiso oficial, decidí actuar por mi cuenta. Conseguí documentos falsos. Ahora no soy un investigador, sino un comerciante algo lelo que confía, como usted, en establecer relaciones en este planeta. Por lo tanto, al cabo de algún tiempo, me marcharé con el rabo entre las piernas, pero en cambio, eso espero, con sabrosos documentales que mis jefes me pagarán a buen precio. ¡Eso espero!

—Me temo que se toma muchas molestias. Angalisy es un mundo que no interesa a nadie.

Oen le devolvió una mirada de suficiencia.

—Uno entre un millón de habitantes de la Superioridad sabe que existe Angalisy, pero le juro que dentro de poco se hablará mucho de él.

Stan abrió la boca. Iba a preguntar a Oen cómo podía estar tan seguro de lo que decía cuando sonó una sirena y los resignados pasajeros empezaron a incorporarse de sus asientos y a dirigirse hacia el control de aduana.

—Vamos —dijo Oen—. Tal vez tengamos suerte y esta noche nos sea permitido entrar en la ciudad. —Bostezó y añadió con rabia —: Por supuesto que ya tengo testimonio de esta asquerosa sala de espera y de la deficiente organización aduanera del astropuerto.

Recogieron sus equipajes y caminaron detrás de la doble fila de personas que se dirigía hacia el control.

A medida que avanzaban, se hacían más numerosos los guardias, terroríficos con sus uniformes pardos y emblemas del partido en el poder en Angalisy.

Aunque Oen no cesaba de hablar, Stan le prestaba escasa atención. Miraba todo, estudiando cada gesto de los pasajeros, las actitudes indignantes de los guardias, la manera como blandían sus porras amenazadoras.

Allí había civiles de las tres colonias de Angalisy: un planeta del mismo sistema solar y dos grandes lunas del gigantesco planeta incandescente, casi un sol satélite del principal No existían posesiones más allá de sus fronteras espaciales, pero había una guerra latente con Grabea, un mundo habitado por humanos situado a un cuarto de año luz.

Además de Oen y él, Stan contó hasta quince extranjeros, y de ellos sólo dos eran ciudadanos de la Superioridad. Por el aspecto de estos últimos, llegó a la conclusión de que eran técnicos con escasa preparación que trabajaban para Angalisy desde hacía tiempo, tal vez antiguos contrabandistas o piratas que habían encontrado en aquel mundo un refugio temporal para eludir la justicia de la Superioridad.

Un oficial de la guardia del astropuerto se subió a una silla y empezó a leer los nombres escritos en un papel.

Todos prestaron oídos.

Aquella relación era la de los privilegiados que habían conseguido el permiso de entrada. Los ciudadanos de la Superioridad entraron y les siguieron varios extranjeros; luego siguieron algunos nativos y se produjo una pausa.

El oficial, desde su altura, paseó la mirada sobre la multitud, como buscando algo. Acabó encogiéndose de hombros y dijo:

—Oen Nelson, Stan Swoger, Adler Minson y OlTer-Edgun. Éstos son todos por el momento. Ahora, dispersaos los demás.

Aunque se produjo un murmullo de protesta, se desvaneció enseguida apenas los guardias agitaron sus porras más de lo que habitualmente estaban haciendo.

—Hemos tenido suerte, señor Swoger —sonrió Oen—. Vamos, no se demore.

—Voy, voy…

Stan fue empujado por el periodista hasta la mesa situada al otro lado de una barrera, tras la cual les esperaba un individuo de pésima catadura, que ya les miraba mientras se acercaban.

—Sus documentos —les pidió con el tono grave de los habitantes de Angalisy.

Oen se apresuró a sacar su pasaporte y lo tendió al oficial.

—¿En qué comercia usted? —inquirió el aduanero después de echar un vistazo al pasaporte.

—Artículos de belleza para la mujer —Oen empezó a sacar prospectos de propaganda.

—¿De belleza?...

El oficial soltó una carcajada y los guardias que estaban cerca también rieron.

—Me temo que ha perdido el tiempo, señor Nelson —dijo el oficial devolviendo los documentos Miró inquisitivamente a Stan y le preguntó—: ¿Usted también quiere vender algo que seguro nadie querrá comprar?

—Nada de eso, señor —dijo Stan—. Soy ingeniero y tengo entendido que pronto hará falta aquí gente como yo, especializada —señaló las pistas del astropuerto que quedaban a sus espaldas—. Indudablemente, estas instalaciones necesitan ser remozadas.

—Nadie le ha pedido su parecer, señor —gruñó el oficial luego de escrutar la documentación de Swoger detenidamente—. De todas formas, sólo podrá permanecer en el planeta un mes como máximo. Tendrá que volverse sin encontrar trabajo. Aquí no abunda, y menos para los extranjeros. Vamos, pasen. A ver, el siguiente.

Una vez traspasada la barrera, aguardaba una sorpresa a los dos hombres. Otro funcionario les esperaba y les exigió una cantidad en créditos como fianza, explicando con una sonrisa de búho:

—Su dinero se les devolverá cuando se marchen.

—¿A qué viene esto? —preguntó Stan viendo como sus créditos eran guardados rápidamente por el funcionario.

Éste dijo:

—Debieron informarle de las leyes locales, señor.

Stan opinó:

—Esto es irregular.

A su lado, Oen lanzó un suspiro.

—Todo en Angalisy es irregular —miró con pena a Stan—. ¿Es que ha venido aquí sin saber lo que le esperaba?

Lejos del funcionario, añadió con mal humor:

—Y no confíe en volver a ver su fianza, amigo. No le será devuelta. Ya buscarán algún argumento para hacerle ver que usted ha causado algún daño en la ciudad.

En el siguiente salón se encontraron con bastante gente. Algunas personas se acercaron a ellos y les susurraron palabras cargadas de miedo. Stan no entendió nada, y los molestos nativos se apresuraron

a dejarlos en paz cuando avistaron la proximidad de patrullas de policía.

—¿Qué querían? —preguntó Stan.

—Nos ofrecían todo a cambio de muy poco. Incluso sus mujeres o hijas. Ellos mismos también. ¿Sabe con qué se hubieron conformado? Con un tubo de pasta de dientes, unas monedas de la Superioridad o un par de calcetines. La presencia de la policía nos ha librado de su molesta compañía, pero siempre tendremos algún mercachifle encima apenas adivine que somos extranjeros.

Salieron al exterior. La noche fría les azotó el rostro.

—No sé dónde hospedarme —confesó Stan de mala gana, maldiciendo la precipitación de su marcha y la mínima información recibida.

La ausencia de Melnick y las pocas horas que mediaron desde que conociera su destino y su marcha, le habían impedido indagar sobre Angalisy. Soltó una risa sarcástica. Antes de empezar a investigar para poder informar, tendría que comprender aquel maldito planeta, cuya primera impresión no había podido ser más deprimente.

—Venga conmigo —suspiró Nelson. Llamó a un vehículo de alquiler—. Me han recomendado un hotel no muy malo ni tampoco excesivamente caro.

—Le quedaré muy agradecido.

Mientras entraba en el vehículo, Stan pensó que, a pesar de todo, su torpeza e ignorancia serían para él un buen disfraz. ¿Quién llegaría a sospechar que era un Informador de la Superioridad?

No era el primer trabajo que hacía. Por el contrario, había llevado a cabo misiones difíciles, molestas y algo peligrosas, y siempre recibió las felicitaciones de sus superiores, hasta lograr ascender y así conseguir no volverlas a realizar.

Un Informador no debía darse a conocer como tal a las autoridades locales, aunque el planeta fuera aliado de la Superioridad y mantuviera con ésta excelentes relaciones. Sólo en caso extremo, si se viera en peligro, un Informador podía revelar su verdadera personalidad, lo cual le significaría una dura reprimenda y sanción.

Durante los siguientes veinte minutos no hablaron. El coche se dirigía a alta velocidad hacia la ciudad, cuyas luces mortecinas

brillaban lejos.

Cuando entraron en las calles, Stan comentó tras asegurarse de que el conductor no podía oírle:

—Debo admitir que usted está muy bien enterado de las costumbres locales, señor Nelson.

—Llámeme Oen, por favor —gruñó el periodista—. Ya nos conocemos, ¿no?

—De acuerdo, Oen. ¿Qué espera encontrar aquí?

—Mucho o nada, depende. Para arriesgarse a venir a Angalisy, uno debe conocer antes sus costumbres más significativas —Oen meneó la cabeza—. Tu actitud, Stan, me ha hecho dudar de que seas un Informador de la Superioridad.

Stan se estremeció y miró a Oen, que tenía sus ojos puestos en el triste ambiente ciudadano.

—¿Por qué has dicho esto?

—Condenación, porque es la verdad. ¿Quién ha sido el loco que te ha enviado a este alcantarillado sin haberte aleccionado? ¿O quizá eres un magnífico actor?

Stan maldijo a Melnick. Si Oen había frecuentado las oficinas de la Superioridad en Selwun, no quería decir que le hubiera visto. Alguien debió haberse ido de la lengua, o el periodista debió llenarle la mano de dinero. ¿Por qué no? ¿Acaso no había conseguido un pasaporte falso por este método?

4

—¿CÓMO es posible que la Superioridad haya decidido enviar a Angalisy un Informador? —preguntó Oen.

El periodista estaba tumbado en una cama. Sentado en la otra que tenía la habitación que habían alquilado, Stan meneó la cabeza y reconoció que no lo sabía.

—Todo esto es muy raro, amigo —Oen encendió un cigarrillo—. En primer lugar, la situación entre la Superioridad y este planeta no recomienda el envío de un tipo como tú, que puede ser descubierto por las autoridades al menor fallo que cometas.

—He estado en situaciones peores.

—Sé cómo actúan los llamados Informadores, en realidad unos vulgares espías. Andan husmeando por todas partes y, gracias a su condicionamiento nemótico, pueden archivarlo todo en su mente. Es algo parecido a lo que yo hago, aunque en mi caso me sirvo de mi valioso ojo.

Stan observó a su nuevo amigo, y se preguntó si en aquellos momentos estaba usando su ojo para grabar la imagen de un Informador puesto en una situación difícil y ridícula.

—Supongo que no usarás esto para saciar la curiosidad de tus videoyentes —comentó con soma.

—Me ofendes. Además, por propio interés no me interesa entrometerme en los asuntos de la Superioridad. Yo iré a mis asuntos y tú a los tuyos ¿De acuerdo?

—¿Qué buscas tú?

Oen fumó una vez más y tiró el resto del cigarrillo, con asombrosa puntería, al cenicero situado en una mesa colocada junto a la puerta.

—Algo va a explotar aquí y muy pronto, amigo. Según mis datos, puede ocurrir en las próximas semanas…, o dentro de un

siglo. Si es mientras estoy aquí, me forraré con la exclusiva.

—¿Y si te equivocas?

—De todas formas tengo unas direcciones de nativos que entrevistaré. Espero que sean interesantes y algunos millones de oyentes conozcan una situación muy particular que ocurre en un planeta que pronto sonará bastante en la Galaxia.

—¿Por qué ha de sonar Angalisy?

—Tu presencia aquí puede ser un indicio ¿no? El viejo pleito que sostiene Angalisy con Gravea puede tener algo que ver.

—Es una simple tensión por la posesión de unos planetas no habitables situados entre los dos mundos.

—Pero unos enclaves importantes. Sólo Angalisy o Grabea pueden reclamarlos; nadie más. La Superioridad ha despreciado públicamente el sistema político de este mundo por su crueldad. Es una actitud típica e hipócrita de la Tierra: repudia un régimen, pero al mismo tiempo lo apoya. En este caso, porque Grabea no quiere saber nada de la Superioridad. ¿Sabías que el ejército de Angalisy está equipado con armas vendidas bajo cuerda por la Superioridad?

Stan no pudo por menos que emitir una sonrisa.

—Es algo que todo el mundo conoce a pesar de no estar reconocido oficialmente por nuestro gobierno. No descubres nada nuevo.

—Hace unos veinte años, aquí gobernaban personas sensatas. Hubo un golpe de estado y subió al poder un comité militar que luego dejó paso a uno de los triunviros que se erigió en déspota, se afianzó al sillón presidencial y no desea soltarlo. Tengo entendido que ha quitado de en medio a miles de personas, incluso a muchos de sus antiguos colaboradores.

Stan gimió en silencio. Ni siquiera sabía el nombre del tirano de Angalisy. Hasta este extremo llegaba su falta de información. No se atrevió a confesar su ignorancia a Oen. No quería volver a ver su rostro escéptico una vez más a causa de su increíble desconocimiento de la situación local.

Nelson se tumbó en la cama. Dijo que era demasiado tarde para tomar un primer contacto con te ciudad, nada segura en muchos de sus barrios, y no precisamente por los maleantes, sino más bien por culpa de las patrullas de policías.

—Con las luces del día, es más tranquilizador todo —añadió

ahogando un bostezo—. De noche puede atracarte algún ciudadano desesperado, pero si sales con vida del encuentro y acudes a la policía, no te quepa la menor duda de que ésta acabará de desvalijarte de cuanto hayas conservado.

Stan se recostó y puso sus manos debajo de la cabeza. Se quedó un rato mirando en silencio el techo.

—No tengo sueño. Háblame de este planeta —dijo.

Oen encendió otro cigarrillo y, después de emitir un gruñido ronco, empezó a hablar del Jerarca Kalzer y su corrompido gobierno.

—Ha sumido al planeta, en un tiempo increíblemente corto, en la miseria. La guerra que sostuvo contra Grabea agravó la situación. El conflicto quedó en tablas, según la versión oficial, pero fuera de aquí se sabe que supuso una derrota para Angalisy su pretensión ambiciosa. No consiguió los planetas que pretendía y, en cambio, obtuvo una humillación que sólo la prensa controlada pudo ocultar a la población.

—¿Qué pasa con la oposición? Debe existir, ¿no?

—Al principio, sí. Era fuerte y animosa, pero Kalzer y sus verdugos se encargaron de acallarla. Desapareció gente, y algunos políticos destacados tuvieron la suerte de huir. Varios tuvieron que volver porque el servicio secreto de Kalzer apresó a sus familiares y les usó como rehenes. Apenas llegaron, desaparecieron.

—¿Así de sencillo?

—Sí. Quizá ignores mucho de Angalisy, amigo. Si tú fueras un ciudadano normal de la Superioridad que un día se sintió interesado por los asuntos de este planeta y hubiera acudido a las fuentes habituales para informarse, tampoco estarías muy bien enterado. Fuera de aquí se conoce poco lo que ocurre.

—¿Cómo es posible?

—Oh, sí. Claro que es posible —rió amargamente Oen—. Me has contado que hacía tiempo que no te ocupabas de leer los informes, desde que ascendiste. Quizá por esto sepas tan poco. Es posible que un mundo como este apenas signifique nada para la importante sociedad de la Superioridad, que lo ignora por completo y por eso se le da nula información al respecto —miró a Stan—. ¿Por qué se interesa ahora tu Departamento por Angalisy?

—Ojalá lo supiera.

—Tú deberías saberlo, hombre. Estabas en un cargo importante.

—Precisamente por eso estoy confundido.

Oen tiró el cigarrillo, bostezó y dijo con voz apagada:

—Tengo sueño, lo siento. Mañana nos levantaremos temprano. Por un día estoy dispuesto a ser tu guía, pero no te ilusiones, porque desde pasado mañana no deberás pensar en mí para nada. Estaré demasiado ocupado olisqueando por ahí.

El periodista apagó la luz.

Al cabo de un rato, Stan escuchó sus ronquidos.

Seguía sin tener sueño.

Por la ventana se filtraba la luz de la calle. Se levantó y se acercó a ella, abriendo una de las hojas un poco, no demasiado porque por el resquicio se filtraba un aire seco y frío.

Swoger miró hacia abajo. La calle, estrecha y mal empedrada, estaba solitaria. Hacia la derecha había más luz. Allí se cruzaba una avenida y por ella, de vez en cuando, pasaban las luces raudas de un vehículo.

De pronto dejó de escucharse el tráfico y se produjo un silencio total, que rápidamente se quebró a causa de las pisadas precipitadas de alguien que corría.

Sin acordarse del frío que entraba en la habitación y que podía despertar a Oen Nelson, Stan abrió casi totalmente la ventana y asomó la cabeza.

Apareció una figura que corría desde la avenida. Al llegar a la altura de la ventana, se detuvo y miró hacia atrás. Intentó ocultarse, pero parecía no encontrar ningún lugar adecuado. Las puertas cercanas estaban a ras de las fachadas.

De pronto, de la avenida irrumpieron en la calle tres personas. Una de ellas encendió una lámpara y rastreó los edificios con un potente foco de luz.

La figura solitaria saltó a un lado, pero no logró evitar quedar dentro del foco luminoso.

Rápidamente, el trío se separó y rodeó al fugitivo.

Stan se había convertido en un espectador privilegiado de lo que sucedía en la calle. Su ventana era un palco inmejorable. Desde el segundo piso del hotel, observó que el perseguido, lejos de entregarse, se disponía a hacer frente a sus oponentes.

Por el momento no había salido a relucir ningún arma de fuego.

Uno de los tres individuos extrajo de su túnica una delgada barra de acero que agitó y produjo un silbido agudo en el silencio nocturno.

—Venga, no hagas tonterías y entrégate —dijo uno de los asaltantes—. Si te resistes empeorarás tu situación. Sólo queremos interrogarte un poco, y al mediodía estarás libre.

Stan desechó la idea de despertar a Oen. Seguramente el periodista se limitaría a aconsejarle que se apartara de la ventana y no se metiera en donde no le llamaban.

Dos de los hombres saltaron al mismo tiempo sobre su víctima.

Entonces ocurrió lo que menos había esperado Stan.

El desamparado se movió con la celeridad de un rayo. Al tiempo que emitía una risa burlona, arremetió contra uno de los dos atacantes y le asestó un seco golpe bajo.

Cuando todavía no había caído al suelo, se revolvió contra el segundo hombre y le propinó con las manos dos descargas mortales en los hombros que le puso de rodillas.

El tercer atacante, el que sostenía la vara de acero, soltó una imprecación y cimbreó sobre su cabeza el arma cortante.

El fugitivo había estado de espaldas a él y a Stan se le antojó que iba a ser fulminado a traición con la vara cimbreante. Gritó roncamente para advertirle.

El hombre que iba a sorprender al fugitivo elevó un segundo su mirada hacia la ventana.

Inmediatamente después, yacía en el suelo con el cuello roto. A su lado vibraba lánguidamente su arma mortal.

Desde la calle, Stan escuchó:

—Gracias, amigo.

Swoger arrugó el ceño. La voz le había parecido pertenecer a una mujer.

Iba a responderle cuando oyó el agudo sonido de una sirena procedente de la avenida. La chica se volvió para echar a correr hacia la dirección opuesta, pero se detuvo indecisa. Otra sirena ululante y lejana le anunciaba que su retirada quedaba cortada por las callejuelas.

Sin pensarlo dos veces, Stan pasó una pierna por el alfeizar de la ventana y se quitó su largo cinturón.

Hizo gestos para atraer la atención de la chica, le señaló un tubo de desagüe situado a dos metros de donde él estaba, y le susurró:

—Usted parece ágil y podrá llegar hasta donde alcanza mi cinturón. Si lo agarra puedo subirla hasta aquí. ¿Qué espera?

Pero la chica no respondía.

Como una muda.

Ella avanzó y retrocedió unos pasos. Parecía seguir sin decidirse a aceptar la ayuda que le era brindada

—Allá usted si no se fía de mí —dijo Stan nervioso—. No le queda mucho tiempo para decidirse; ahora o nunca.

La chica saltó al tubo y ascendió felinamente por él. Stan le acercó cuanto pudo su cinturón y ella lo agarró con firmeza. Unos segundos después, la tenía a su lado, jadeantes ambos. Cerró la ventana y se apartaron, justo a tiempo, cuando los vehículos de la policía se encontraron en medio de la calle y sus sirenas empezaban a acallarse.

Los agentes saldrían en tropel pero ahora a ellos ya no les verían.

—¿Qué clase de visita es ésta? —masculló Oen. Estaba medio incorporado en la cama y su voz sonó ronca.

5

LORENA Cannon se despertó a causa de las insistentes llamadas procedentes del comunicador.

Antes de responder miró la hora y comprobó, llena de malhumor, que eran las cinco de la madrugada.

Tenía el comunicador junto al lecho y sólo tuvo que extender una mano para mover el dial y esperar unos segundos hasta que el rostro del intempestivo comunicante se aclarase en la pantalla.

—Nick... —musitó al reconocer al jefe de Stan.

Inmediatamente se dijo que jamás había visto a Melnick con tan mal aspecto y nervioso.

—Siento haberte despertado a esta hora, Lorena, pero lo que tengo que decirte es urgente.

—¿Se trata de Stan? —preguntó ella, temiendo lo peor.

—No le ha ocurrido nada..., de momento.

—Dime entonces. ¿Desde dónde me llamas?

—No lo hago desde mi casa. Sería peligroso para mí si volviera a ella. Estoy en un hotel de las afueras.

—¿Qué te ocurre?

—Escúchame tú, y al final me preguntas. Estos días he intentado dejar un mensaje en Angalisy para Stan, pero no he podido enviarlo. Las líneas de comunicación regulares están anuladas. Pretendí hacerlo esta mañana por medio de la prioridad del departamento, y enseguida recibí una advertencia del secretariado del Delegado, instándome a desistir.

—¿Por qué? Conozco un poco el reglamento y creo que Lonvy Sugiyama no puede inmiscuirse en tus trabajos...

—Eso creía yo, pero la situación ha cambiado desde que se anunció la próxima visita de un alto personaje de la Superioridad.

—No entiendo...

—Espera. Tienes que advertir a Stan para que regrese cuanto antes, que se olvide del trabajo que le encomendé y también de redactar una sola línea del informe que debe rendir a su vuelta.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—¡Por los dioses, Lorena, ojalá lo supiera! Tal vez una civil consiga lo que me ha estado vedado todo el día.

—¿De qué te escondes?

—No he cumplido mi palabra, alguien lo sabe y ha puesto sus sicarios tras mis pasos. Ahora le interesa cerrarme la boca para siempre.

De pronto, Lorena sintió ganas de reír. No lo hizo. El rostro desencajado de Melnick le advirtió que no bromeaba. Ni siquiera parecía estar borracho o drogado.

—Dime quién es, Nick.

Melnick giró la cabeza para mirar por encima de sus hombros.

—Es alguien...

No pudo seguir hablando. Detrás de él se escuchó un ruido que había llegado nítidamente hasta Lorena por medio del comunicador, e, inmediatamente, Melnick empezó a levantarse, como si quisiera huir.

Apenas consiguió apartarse del objetivo de la pantalla.

Horrorizada, Lorena presenció como Melnick caía abatido por varios disparos de láser que alguien le había dirigido desde un ángulo que ella no podía captar.

Una sombra se interpuso en su foco visual, una mano enguantada cruzó rauda y, enseguida, la pantalla quedó a oscuras.

Lorena tardó unos minutos en darse cuenta de que jamás volvería a hablar con Melnick y apagó el comunicador.

No se atrevió a llamar a Lonvy Sugiyama como había pensado hacer.

Dejó pasar algún tiempo y se echó de nuevo en la cama.

Fue incapaz de volver a conciliar el sueño.

Las largas horas que permaneció meditando le produjeron un fuerte dolor de cabeza. Al amanecer ingirió unos analgésicos y se vistió precipitadamente después de ducharse.

A bordo de su deslizador particular se trasladó tan rápidamente como pudo hasta el edificio administrativo de la Superioridad. Allí le costó más de lo acostumbrado franquear el control de entrada,

pero consiguió subir hasta el nivel donde Lonvy tenía enclavada su oficina y solicitar a su secretario verle.

—El señor Lonvy no recibe a nadie esta mañana —respondió el secretario después de mirar a Lorena y escrutar de soslayo la puerta cerrada del despacho de su jefe.

—Es urgente.

El secretario apretó los labios.

—Por favor, ¿es que no se ha dado cuenta de lo que sucede esta mañana?

—Casi no me dejaron entrar...

—La causa es la muerte del señor Melnick. Le encontraron hace pocas horas en un callejón de un barrio de mala fama.

Lorena abrió la boca para protestar, para gritarle a aquel funcionario engreído que Melnick no había muerto donde él decía porque ella le había visto caer asesinado en la habitación de un hotel desconocido.

—¿Cuándo podré entrevistarme con el señor Sugiyama?

—Oh, no lo sé. Vuelva más tarde, o mejor mañana,

—Quiero que le diga que yo estoy aquí.

—No insista...

Lorena volvió la espalda al secretario y, antes de que éste pudiera reaccionar, corrió hasta la puerta cerrada y la empujó. Detrás escuchó las protestas del hombre.

Lonvy se levantó al verla.

—Lo siento, señor Sugiyama —se disculpó el secretario—. ¿Quiere que llame a los vigilantes para que la echen?

El Delegado negó con la cabeza.

—Déjela. Debió decirme que la señorita Cannon quería verme.

El individuo soltó una imprecación y se marchó cerrando con cierta violencia la puerta.

—¿Qué deseas, Lorena?

Ella aspiró el aire que tan urgentemente estaban necesitando sus pulmones y dijo:

—Melnick hablaba conmigo por videofono cuando alguien lo mató por la espalda. ¿A qué viene esto de que ha aparecido en un callejón de un maldito barrio?

Lonvy encendió un cigarrillo. Enseguida se dio cuenta de que había empezado a fumar delante de alguien.

—Quizá su asesino le llevó hasta allí.

Lorena se mordió los labios.

—Esta mañana todos estamos un poco nerviosos. ¿Para qué te llamó Melnick?

—¿Es que no pude haberle llamado yo a él? —inquirió con desafío en sus ojos.

Lonvy sonrió.

—No trates de jugar a detectives conmigo. Tú no podías saber que él estaba en un hotel. Evidentemente, fue él quien te llamó.

—Es verdad —asintió ella con abatimiento.

—Ha sido un mal día. ¿Sabes que ahora me ocuparé yo del Departamento de Melnick, hasta que venga su sustituto?

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Tal vez podría intentar que Stan regresara lo antes posible.

—¿Lo harías?

—Por supuesto, si pudiera enviar un mensaje a Angalisy.

—¿Por qué este silencio con ese mundo?

—Órdenes de la Tierra.

—¿Tiene algo que ver con la inminente llegada de un alto personaje de la Superioridad a Selwun?

Sugiyama enarcó una ceja. Lorena sonrió interiormente, contenta de haber sorprendido al Delegado.

—Te lo ha debido de decir Melnick —susurró Lonvy.

—Sí.

Ella se dirigió hacia la puerta.

El hombre, arrojando con rabia su cigarrillo a un rincón, acto inusual en él, tan meticuloso.

—Ya no. Sólo quería que me ayudaras a transmitir a Stan un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El mismo que tú le habrías dado de haber podido: regresar.

—Lo lamento. Pero seguiré intentándolo.

—Gracias.

—Te llamaré cuando todo se calme un poco.

Lorena estuvo a punto de responderle que no se molestara porque, con toda seguridad, no iba a encontrarla en su apartamento. Pero ya no confiaba en nadie, ni siquiera en Lonvy.

En realidad, jamás había confiado en él, pero últimamente empezó a hacerlo y ahora se arrepentía. Lonvy seguía siendo Lonvy, el mismo que conoció en la Tierra.

No salió inmediatamente del edificio. Se detuvo en el segundo piso y allí renovó su pasaporte, imprescindible para viajar a planetas no pertenecientes a la Superioridad. Lorena temió por un momento que el funcionario la atosigara con preguntas, pero allí también parecía existir cierta tensión, que la achacó a la muerte de Melnick, y en pocos minutos obraba en su poder el documento.

Una hora más tarde compraba un pasaje para Angalisy. En el astropuerto se enteró que sería la última nave perteneciente a la Superioridad que viajaría a aquel planeta, al menos hasta nueva orden de la Tierra. Nadie conocía las causas.

La partida era para dentro de tres horas y Lorena desistió de ir a su apartamento a hacer el equipaje. En unas tiendas compró lo imprescindible, aunque luego amplió las compras, cuando la dependienta le sugirió que llevase cuanto pudiese si iba a Angalisy.

—Allí no encontrará apenas nada —añadió la mujer mientras le asentaba en su cuenta el importe de la compra.

6

—NI tu condición de ciudadano de la Superioridad te salvaría de acabar en una mazmorra y desaparecer si las autoridades locales se enterasen de que has ayudado a una fugitiva —recriminó Oen Nelson a Stan, aprovechando que la chica estaba en el reducido cuarto de baño, y no podía oír nada de lo que ellos dijeran.

—Exageras —respondió Stan.

No dejaba de pensar en la chica. Había dicho llamarse Izar-Yan, y poco más. No se refirió para nada al motivo por el que era perseguida por la policía. En un principio, Stan había supuesto que se trataba de una vulgar delincuente, pero Oen opinaba lo contrario y dijo:

—Es una activista; todavía quedan bastantes.

—Creí que ese salvaje de Kalzer había logrado acabar con la oposición.

—No te hagas el gracioso —bufó Oen—. Nadie sale de noche debido al toque de queda. Si el personal del hotel la ve, lo más seguro es que la denuncie, y a nosotros con ella. Tú y yo juntos en una celda… ¡Vaya panorama! No me quedarían ganas ni de reírme de ti cuando dijeras a los carceleros que eres un Informador de la Superioridad.

Stan escuchó que la ducha dejaba de correr. Izar podía salir enseguida y dijo a Oen:

—¿No querías una historia? Te la estoy ofreciendo en bandeja.

—Estás loco…

Ella salió, escasamente vestida y dejando entrever sus encantos. Recién duchada, con el cabello todavía mojado, resultaba muy bonita, salvajemente atractiva. Sonrió a los dos hombres. Miró por la ventana. Estaba amaneciendo.

—Todavía no os he dado las gracias.

—Sólo a éste —gruñó Oen señalando a Stan.

—¿Te perseguía la policía por activista? —preguntó Stan.

—Sí. Ahora ya lo sabéis. Todavía estáis a tiempo de descargaros de responsabilidades si la llamáis.

—No pienso hacerlo.

—Gracias.

—El problema es cómo sacarla de aquí —gimió Oen.

—A estas horas entra y sale mucha gente de este cochino hotel. Si me ven con vosotros pensarán que he pasado la noche distrayéndoos un poco —sonrió la chica. Se despojó de la toalla y empezó a vestirse, sin ninguna prisa aparentemente—. Vosotros... ¿Terrestres en Angalisy? ¿Por qué?

Stan y Oen se miraron, el último dijo:

—Comerciantes.

Izar soltó una risa alegre.

—Eso no se lo cree nadie —dijo. Puso los brazos en jarras y añadió—: Ni tampoco las autoridades. No me extrañaría que os vigilaran.

Oen suspiró:

—Está bien. Somos reporteros.

—¿Quién se interesa por Angalisy en la Superioridad? —se burló la chica.

—Pronto será un planeta de primera plana.

Ella dejó escapar de su cara toda expresión risueña.

—¿Lo sabes? —Miró a Stan— ¿Tú también lo sabes?

—¿Qué? —preguntaron los dos hombres casi a la vez.

—La maldita Superioridad va a reconocer el régimen de Kalzer en breve.

—Algo se rumoreaba —acordó Oen.

—¡Ahora es seguro! La Tierra dará sus parabienes a los asesinos que nos gobiernan; la represión aumentará hasta límites que ahora no eran conocidos aquí, y de eso sabemos mucho. Todos los enemigos de Kalzer serán eliminados y el tirano podrá iniciar una nueva guerra contra Grabea.

—Eso no lo creo.

—Ya se encargará la Superioridad de suministrar al ejército todas las armas que necesite para la guerra, a través, por supuesto, de intermediarios que evitarán que sus manos queden manchadas

de sangre.

—De hecho, Angalisy está comprando armas a la Tierra.

—¿Por qué una guerra? —Preguntó Stan—. No puedo creer que sea el gobierno de la Superioridad quien rearme al ejército de este mundo. Sé que Angalisy carece de crédito y sus arcas están vacías.

—Siempre hay terrestres muy poderosos que comprarán el silencio administrativo de la Superioridad. Hará la vista gorda ante esta vulneración de la ley galáctica.

Oen asintió,

—Izar tiene razón. Está prohibido armar un mundo que se encuentre en tensión con otro, si ambos son independientes y no están ligados a ninguna alianza con un tercero.

—Dile a ella quiénes son tus contactos aquí —pidió Stan.

Oen se alarmó. ¿Estaba loco Stan? Enseguida recapacitó que no teniendo la menor duda de que la chica era una activista, no debía temer de ella que le denunciara si le confesaba su verdadera intención al visitar Angalisy, o algún nombre.

Le dijo tres de ellos. Ante el nombre del último, Izar emitió una sonrisa.

—Ah, Wran-Gil. Debes ser muy importante cuando le conoces, Oen Nelson.

Éste inquirió:

—¿Eres amiga de él?

—Sí. También era de los otros, pero murieron hace poco en un enfrentamiento con los guardianes.

—Lo siento —dijo Oen imperturbable. ¿Cómo iba a sentirlo de verdad si sólo eran unos nombres para él que podían facilitarle su labor? Supo que la chica había comprendido que sus palabras eran únicamente una fórmula de cortesía—. Tengo una dirección de Wran-Gil.

—No te sirve ya. Cambió de domicilio a raíz de la muerte de nuestros compañeros.

—¿Podrías llevarme? —inquirió Oen.

Ella asintió.

—Os llevaré a los dos.

Oen arrugó el ceño. «Maldita sea», pensó, «yo pretendía ir sólo». ¿De qué iba a servir Stan sino para estorbar?

7

NO tuvieron ninguna dificultad para salir del hotel. La presencia de la chica pareció no llamar la atención a nadie.

—Caminad menos tensos —rió ella, una vez en la calle.

—Dijiste que podían estar vigilándonos —le recordó Stan.

—Era una broma. No sois tan importantes.

—¿Está muy lejos donde vive Wran? —preguntó Oen.

—Caminemos un poco y más adelante tomaremos un vehículo.

A la luz del día, la ciudad, aquel barrio, no era tan terrorífica como se lo imaginó Stan viéndola desde la ventana. Tal vez la densa presencia de la gente, bulliciosa y escandalosa, como si quisiera chillar todo el silencio acumulado durante las horas del toque de queda, confería una falsa realidad a los ojos de los terrestres.

Sin embargo, la miseria flotaba a ramalazos, entremezclada sutilmente entre las personas. La presencia constante de patrullas de guardianes rompía el efímero hechizo, y la tristeza en la mayoría de los rostros devolvía a la realidad a los terrestres.

Mendigos en las esquinas, temerosos de ser sorprendidos, y ciudadanos altivos e insultantes con sus riquezas, confundieron a Stan. Tras la gente, los edificios viejos y sucios componían un fondo tétrico.

—Habéis hecho bien en no vestiros como es la moda en vuestro mundo —dijo Izar—. Si muchos supieran que sois de la Superioridad, os marearían con solicitudes variopintas, aunque lo peor sería que os esperarían en un callejón para asesinaros con el único fin de robaros las ropas y las monedas que llevéis.

—Sabemos que esta ciudad es así de encantadora —rió Stan.

Ella se enfureció un poco.

—Antes no era así. Yo era una niña cuando la conocí alegre. Entonces, la gente comía diariamente, y al decir que comía me

refiero a toda, no a una pequeña parte de la población, como ocurre ahora.

—¿Cómo se puede caer tan bajo en tan poco tiempo?

—Corrupción, robo, injusticia y una guerra estúpida de la que nada sacamos, excepto dejar a muchos miles de inocentes en los campos de batalla. La inflación es galopante y de ella se nutren exclusivamente quienes la impulsan. Ah, no cambiéis vuestros créditos de una vez —rió Izar—. Si lo hacéis, mañana mismo podéis estar en la miseria. Cambiad sólo lo que necesitéis cada día. Incluso no es preciso hacerlo, porque la moneda de la Tierra se acepta con mucha alegría y por encima del cambio oficial, que debéis mirar al minuto y no fiaros con la noticia dada una hora antes.

—¿Tan rápida es la inflación? —preguntó Stan que desconocía el tema de la economía local.

La chica sacó unos billetes. Stan, ante ellos, puso gesto de asombro. Angalisy era uno de los raros mundos donde el dinero se basaba en sistemas arcaicos. Sabía, no obstante, que la moneda nacional era el galisy, aunque ignoraba su cotización.

—Ayer, un crédito estaba a doscientos mil. —Se detuvieron delante de una tienda de cambio y añadió—: No está mal. Desde ayer sólo ha perdido un diez por ciento. Ahora se necesitan doscientos veinte mil para adquirir un crédito de la Superioridad; pero en el mercado negro os darían bastante más.

—A este ritmo, un crédito valdrá millones.

—Cada mes se efectúa una reconversión. Un millón de viejos galisys por uno nuevo. Creo que algún ministro es el dueño de la imprenta donde se confecciona esta maldita moneda —Izar estrujó el billete, de un valor de un millón. Lo debió hacer con tanta fuerza que se desmenuzó entre sus dedos—. No os sorprendáis. Lo hacen con tan poca calidad adrede. Es una forma más de desvalijar a los ciudadanos.

—Busquemos un vehículo y salgamos de aquí, de tanto bullicio —pidió Stan cuando entraron en una especie de mercado al aire libre—. Estoy empezando a marearme.

Ella llamó un coche. Era de un modelo viejo y Stan se preguntó si sería capaz de ir muy lejos. Se equivocó. El chófer debía ser también un buen mecánico y lo mantenía en perfecto estado. Dejaron atrás el mercado y se sumergieron en el tráfico no muy

denso de las calles.

El viaje terminó al otro lado de la ciudad. El conductor dijo la cifra a la que subía el importe de la carrera, enorme en ceros. Stan hizo intención de pagar, pero Izar le contuvo, sacó más arrugados billetes que extendió cuidadosamente antes de entregarlos. Afuera, explicó:

—Es mejor así. Con ellos mañana no podría hacer gran cosa. Hay que gastarlo todo con rapidez, amigo. Es el lema que hemos aprendido desde que gobierna Kalzer.

—Es una ironía llamar gobernar a eso —masculló Oen.

Aquel barrio no se diferenciaba en mucho al que dejaron. Stan preguntó a Izar si en la ciudad existían zonas que no ofrecieran un aspecto tan desolador.

—Claro que sí. Donde viven los adictos al régimen; los miembros del partido único de Kalzer, habitan en palacios esplendorosos. Pero no pienses en visitarlos porque no os dejarían cruzar sus barreras de seguridad sin un permiso especial.

—No tengo intención de ver lo bueno, sino lo malo —explicó Oen.

—Entonces se te cansarán los ojos, amigo.

La gente que habitaba allí era una repetición exacta de las mismas miserias que ya conocían.

Tampoco faltaba la constante presencia de patrullas de la policía, y a veces el cielo era surcado por deslizadores de vigilancia que volaban a poca altura. De vez en cuando aparecían grandes cartelones con la efigie del dictador, un rostro duro y de edad indefinida. Era como si estuviese vigilándoles.

Cerca había un edificio menos deteriorado que los demás, y sobre su entrada flameaba la bandera del planeta. En un cartel se decía que era el Centro Cívico del sector.

La sorpresa en Oen y Stan fue grande cuando Izar echó a caminar hacia allí y entró, resuelto.

Les recibió un empleado, de aspecto taciturno, que escuchó silencioso a la chica. Hizo un ademán y les condujo hasta el fondo del pasillo. Se detuvo ante una puerta cerrada y llamó en ella con los nudillos. Una voz ronca les respondió desde el otro lado y pareció decirles que podían entrar.

La primera en hacerlo fue Izar, la siguieron los terrestres y el

empleado se quedó en el pasillo.

Oen se sobresaltó a escuchar cerrarse la puerta de golpe. Al volverse quedó todavía más inquieto al ver que Izar se dirigía hacia el hombre que estaba sentado detrás de la mesa y le besaba en una mejilla.

—Os presento a Wran-Gil.

Stan observó al llamado Wran. Era un hombre mayor, quizá con más de sesenta años, pero todavía se le veía ágil y con ánimos en su mirada y en cada gesto que hizo al levantarse y caminar hacia ellos.

—Hola —dijo Wran—. Bienvenidos. El mero hecho de que os haya traído Izar significa que sois de confianza.

—Este es Stan Swoger y anoche me salvó la vida cuando huía de los guardianes —dijo ella—. El otro se llama Oen Nelson y me dio tu nombre, Gil.

—¿De veras? —Preguntó Wran—. ¿Quién se lo dio, señor Nelson?

—Un viejo amigo suyo. Escapó de Angalisy hace dos años. Ahora, en la Tierra, se llama Spencer. Su nombre aquí era otro.

—Sé de quién me habla. ¿Ha venido a indagar?

—Sí —asintió Oen. De soslayo contempló a su amigo, y se preguntó si éste sería capaz de confesar que pertenecía a la Superioridad si era interrogado por Wran acerca de su intención al visitar Angalisy.

—Spencer ha debido ser muy persuasivo al convencerle de que una estancia aquí merecía la pena, señor Nelson.

—Estoy seguro de que será así. Confío en despertar el interés de la gente de la Superioridad. De alguna manera debemos evitar lo irreparable.

—Sentaos, por favor —pidió Wran—. Lamento no tener un poco de licor para obsequiaros. Puedo tutearos, ¿verdad?

Los dos terrestres asintieron. Stan no pudo reprimir por más tiempo su curiosidad y preguntó:

—¿Qué hace usted en un edificio oficial, Gil?

Wran-Gil soltó una carcajada.

—Digamos que es mi último refugio; todos los demás fueron descubiertos. En realidad, soy funcionario del gobierno.

—¿No teme que le hayamos comprometido viniendo aquí?

—Todos los que están en esta casa son activistas —dijo Izar.

Wran la miró y dijo con reproche:
—Anoche te arriesgaste demasiado. No debiste hacerlo, Izar.
—¿Qué hiciste? —preguntó Stan.
—Oh, tu curiosidad es inagotable. Me limité a mandar a la mierda el generador de energía de una base militar. Nada más.
—¿Sólo eso?
—Lo hacemos a menudo. No es muy peligroso.
—De todas formas, vamos a tener que calmamos por algún tiempo. El Jerarca Kalzer está enfurecido y a punto de dictar otro de sus bandos cargados de dureza.
Stan se preguntó si el tirano podía endurecer aún más su represión. Se sobresaltó cuando escuchó a Wran que le preguntaba:
—¿Tú trabajas también para una agencia de noticias como Oen?
—Digamos que sí —consiguió responder.
—Vamos, Stan, deja ya de fingir —exclamó Oen—. Swoger es un Informador de la Superioridad.
—Lo sospechaba —dijo Izar-Yan apretando los labios.
A Stan le hubiera gustado aplastar la nariz de Oen de un puñetazo. ¿Por qué lo había dicho?
Miró a Wran, pretendiendo traspasar su rostro impenetrable y adivinar lo que pensaba de él.
Pero Wran se limitó a mover la cabeza y a decir:
—Siento que tu situación sea tan delicada, Swoger; pero sé cuál es el cometido de los Informadores, en realidad espías algo refinados y llenos de sofisticación, y no me gustaría estar en tu pellejo.
Stan tosió y trató de recomponer su descompuesta figura.
—Todo esto es demencial —reconoció—. Jamás un Informador había sido tan conocido como yo en el ambiente donde debía trabajar. Supongo que lo mejor será largarme cuanto antes.
—Nada de eso, Stan —le interrumpió Wran con un ademán—. Quizá nos sirvas.
—Ya no sé cómo —masculló—. Me siento ridículo.
—He de reconocer que me sorprende un poco que hayas sido enviado a trabajar aquí —dijo Wran—. Pero puesto que estás entre nosotros, debes concluir el plazo de estancia en Angalisy y memorizar un sabroso informe.
—¿Por qué dices que es sorprendente mi misión?

—Jamás ha habido en este planeta un Informador. Lo sé.

—Alguna vez debía de ser la primera, ¿no?

—Tal vez. Stan, tú puedes evitar que mercaderes desaprensivos de la Superioridad sigan enviando armas a Angalisy. Si estallara una guerra contra Grabea sería un desastre.

—Entiendo. Una nueva derrota supondría más miseria.

—Nada de eso. Nosotros tememos que Angalisy llegue a ganarla.

—No comprendo…

—Está claro —intervino Izar con impaciencia—. La victoria y la consiguiente anexión de nuevos territorios fortalecerían en su trono a Kalzer. Es la única escapatoria que le queda al régimen para sobrevivir.

—¿Cómo podría ayudaros?

—También Oen puede echamos una mano. Una campaña de prensa, suponiendo que este medio de comunicación todavía sea libre en cierto modo en la Superioridad, junto con tus informes al Gobierno, amedrentarían a los dirigentes corruptos que hacen la vista gorda a los mercaderes de armas. No tendrían más remedio que exigirles que cesaran sus ventas de armas a Kalzer, a la vista de que se ha descubierto su plan de agredir a Grabea.

—¿Y esto les beneficiaría?

—Repito que sí. Los mercaderes llegarían a exigir el pago de las armas que ya han vendido a Kalzer. Todavía son pocas e insuficientes para una guerra. Esto significaría la bancarrota total de Angalisy, lo cual no afectaría mucho más a la población, sino a la reducida élite dominante.

—Te ayudaremos a que tu informe sea lo más completo posible, Stan —dijo Izar, más amable.

Oen soltó una carcajada.

—Al final, nuestros propósitos serán los mismos, aunque nuestros destinatarios sean diferentes. Creo que el destino nos unió en el astropuerto, amigo Stan.

—Estudiaremos un plan a seguir —dijo Wran—. Stan, saturaremos tu mente de conocimientos acerca de Angalisy. —Miró a Oen—. Me temo que tu almacén de registro va a quedar completo en pocos días. Tu ojo verá más de lo que puede asimilar.

—En una semana estaréis listos para regresar —dijo Izar—. No conviene que prolonguéis mucho más vuestra estancia.

Stan suspiró. Todavía tenía que meditar mucho. El entusiasmo actual, lo presentía, no podía durar.

8

LONVY Sugiyama se enteró de la partida de Lorena Cannon una semana después. Tras saber en qué nave había huido —para él era una huida—, comprendió que no podía hacer nada para impedirle llegar a Angalisy. Tal vez hubiera podido ordenar al capitán del navío que le prohibiese desembarcar, pero las comunicaciones estaban suspendidas, y tal veto llegaba hasta donde se encontraba la nave, próxima ya de su punto de destino.

De todas formas, hubiera intentado algo, incluso alquilar una pequeña pero veloz nave, de no haber sido por la presencia en Selwun del Embajador de la Superioridad, el Honorable Caballero Taroe de Ancorea.

El señor de Ancorea se comportó desde el primer día con insultante actitud, incluso con Lonvy, quien tuvo que reprimir su instinto impulsivo y seguir sonriendo a toda costa.

—La muerte de Nicholas Melnick es un hecho deprimente —dijo el Embajador—. Sin embargo, el saber que existe un posible fraude explica su trágico fin. ¿Un ajuste de cuentas?

—Eso pensamos, señor. La policía local sigue indagando.

—Bah, es una pérdida de tiempo. Sé que cuando intervienen los bajos fondos de cualquier planeta es mejor dejar el asunto, olvidarse. A no ser, claro, que el móvil encierre algo más político que civil y vulgar.

—Es posible que Melnick se sintiera atrapado.

—Explíquese.

—Además del asunto del dinero existe otro menos agradable. Melnick envió a Angalisy a un colaborador suyo, amigo íntimo además.

—Esto es peligroso...

—¿Sólo eso, señor? —sonrió Lonvy, maldiciendo al Embajador y

su escasa inteligencia. ¿Por qué no caía en la cuenta a la que él pretendía conducirle?

—Añadiría que ilegal —el gesto del señor de Ancorea se endureció—. ¿Cómo se atrevió Melnick a ello? Debía haber sabido que no entraba en nuestros planes colocar un Informador en Angalisy, incluso sin saber nada de nuestros proyectos inmediatos. Además, según consta en su informe, Delegado, Stan Swoger había dejado de ser un Informador, tenía un ascenso recién conseguido...

—Así es. Me temo que Swoger le presionó.

—¿De qué manera?

—Entregándole algo de dinero para reponerlo en la cuenta del Departamento. He encontrado esto en el despacho de Melnick —Lonvy colocó delante del Embajador un resumen de una cuenta bancaria—. Aquí está registrada una entrada procedente de un certificado anónimo. Supongo que salió de la cartera de Stan.

—¿Para qué? ¿Con qué fin?

—Sospecho que Stan Swoger es un ambicioso nato. Calculó, después de arribar a Selwun, que aquí haría poca carrera; necesitaba una misión importante y decidió que debía ser enviado a Angalisy, sin sospechar nada de cuanto se intenta llevar a cabo. ¿O tal vez sí lo sabía y pretende jugar una baza importante? No dejo de hacerme preguntas.

—¿Insinúa que chantajeó a su Jefe del Departamento para que éste incumpliera las disposiciones y le permitiera viajar a Angalisy tras recobrar su cargo de Informador?

—Entra en mis sospechas, señor.

—Esto es demencial. ¿No ha pensado que Melnick quiso desembarazarse de quien le había prestado un dinero, tras suponer que no podría devolvérselo?

—También, señor; pero esta hipótesis no puede prosperar porque los dos eran buenos amigos —Lonvy sonrió torvamente—. Yo también conocí a Swoger en la Universidad, pero jamás fuimos amigos. Se trataba de asuntos privados.

—Es preciso que, en tales circunstancias, yo los conozca.

—Lo comprendo. Swoger era un crítico constante de la política de la Superioridad. En varias ocasiones se lo recriminé y terminamos enemistados.

El Embajador devolvió la hoja bancaria. Su ceño fruncido no se

deshizo cuando argumentó:
—Ordenaré una investigación profunda en la vida de Swoger. Usted, tan pronto como las circunstancias lo permitan, contacte con Stan y hágale volver.
—Quizá no sea tan sencillo localizarle. Me temo que no le veremos hasta que no regrese de su misión,
—Eso sería nefasto. Ese tipo sería capaz de transmitir un informe previo a la Tierra con sus absurdas conclusiones y provocar una crisis en el gobierno. La noticia será dada a conocer, precisamente, en pocos días. Tenemos que detener a Swoger como sea, incluso enviando unos agentes especiales para que colaboren estrechamente con las autoridades de Angalisy.
—Quizá usted podría hablar con el Jerarca Kalzer.
Aquella idea no pareció agradar en absoluto al Embajador.
—Mi disciplina tiene un límite. Sólo me entrevistaré con ese cerdo de Kalzer cuando sea preciso, no antes. De todas formas, le enviaré un mensaje cifrado advirtiéndole de lo que ocurre. Kalzer es un déspota inculto que no asimila adecuadamente los entresijos de la política galáctica —lanzó un gruñido—. Ya tenemos bastante contándole como aliado nuestro en breve, un futuro miembro de la Superioridad muy incómodo por cierto.
Lonvy seguía sonriendo interiormente. Estaba otra vez satisfecho. De nuevo las cosas se enderezaban y le ofrecían un futuro esperanzador para sus aspiraciones. Le importaba muy poco que el Jerarca Kalzer estuviera destinado a convertirse en un aliado que la propia Superioridad despreciaba.
Apenas quedó solo siguió madurando su plan, los siguientes pasos que debía de dar. La orden del Embajador de que unos agentes debían trasladarse inmediatamente a Angalisy le era muy beneficiosa. De esta manera podría romper la prohibición, fletar una nave de la Delegación y embarcar en ella a varios de sus hombres más adictos y de confianza. No tendría que esperar unas semanas para hacerlo, cuando el aislamiento fuese levantado tras anunciarse la incorporación con pleno derecho de Angalisy a la Superioridad.
Aquella noticia iba a levantar ampollas en determinados círculos de la galaxia, incluso en la Tierra, donde no faltaban los puristas de la política, trasnochados elementos que desde hacía mucho tiempo

discutían y ponían en tela de juicio al gobierno y su escasa ética a la hora de pactar con quien fuera si a cambio sacaba algún provecho.

El bocado que en la actualidad apetecía a la Superioridad era, sin duda, Grabea y los planetas en litigio con Angalisy. A través de este planeta obtendría concesiones y altos beneficios, además de romper en dos un gran sector repleto de planetas Libres y otros pertenecientes a la Realeza.

Volvió a ver al Embajador otras veces y sus conversaciones versaron sobre muchos temas, diversos y algunos hasta banales.

—¿Ha enviado esos agentes a Angalisy? —le preguntó Taroe de Ancorea una tarde.

—Partirán esta mañana, señor. Viajarán en una nave rápida y aterrizarán en secreto en el astropuerto de la capital de Angalisy, en donde son esperados.

—Magnífico. Todavía me acuerdo de ciertos detalles y este asunto me inquieta. ¿Le dije que el Jerarca Kalzer me contestó muy descortésmente cuando le advertí de todo?

—Era de temer, señor.

—Por supuesto. Esa bestia sanguinaria se atrevió a amenazarme con romper los tratados que debemos firmar. Se enfureció mucho cuando supo que había en su planeta un Informador, que él llamó espía. Afortunadamente, le remití otro mensaje y creo que se ha aplacado.

—¿Cómo se las ingenió, señor?

—Sencillo. Le decía que si nuestros agentes o sus policías encontraban a Stan podían liquidarle y nosotros no elevaríamos ninguna clase de protesta. Es más, para la posible versión que demos de su suerte nos valdremos de que desobedeció órdenes o cumplía unas ilegales, emanadas de un delincuente como Melnick.

Lonvy estuvo sonriendo mucho rato. Tanto como el que él y el Embajador necesitaron para dar buena cuenta de la botella de magnífico vino local que compartían.

El señor de Ancorea empezó a caerle simpático.

9

STAN pasaba la mayor parte del día en aquellas oficinas gubernamentales que servían de tapadera a los activistas, aunque no se había despedido del hotel, según le recomendó Wran-Gil. Para la policía local, él debía seguir alojándose allí. Stan sólo acudía al hotel antes del toque de queda y dormía allí, levantándose al alba para encaminarse otra vez junto a sus nuevos amigos.

Izar-Yan era su cicerone constante, y, una noche, los dos acabaron en casa de ella y durmieron juntos después de hacer el amor. Stan se sintió preocupado y culpable al día siguiente. Lo primero, porque su ausencia del hotel podía levantar sospechas y lo segundo, porque recordó a Lorena.

Su estado de ánimo no pasó desapercibido para Izar-Yan, quien sin mirarle mientras caminaban juntos, pero con un tono amargo en sus palabras, le dijo:

—Lamento que seas uno de esos tipos con ideas atávicas, de espíritu tan débil que siente remordimiento por haber engañado a su esposa.

—¿A qué te refieres? —inquirió Stan, sin embargo intuyendo perfectamente el significado de las palabras de Izar.

—A quién, querrás decir; a Lorena, por supuesto.

—No te he hablado de ella.

—En sueños, sí. ¿Es muy bonita?

—Sí —admitió Stan, turbado y rehuyendo su mirada.

—No lo sientas tanto. A lo mejor ella se ha buscado algún tipo para distraerse durante tu ausencia.

—No has debido decirme esto...

—Pero es probable ¿no?

—Lorena es incapaz de lo que tú piensas —repuso Stan, deseando acabar con aquel tema.

—¿Como tú?

—Es diferente.

—En Angalisy somos menos rudimentarios en la cuestión del sexo. Me habían contado que en la Tierra todavía queda gente que le da demasiada importancia.

Aunque lo que empezó a suceder a poca distancia de ellos era desagradable y peligroso para la gente que lo tenía que soportar, Stan se alegró de que el tumulto abortase el diálogo que sin duda podía terminar en disputa y recriminaciones.

Un grupo de guardianes había arremetido contra una pequeña multitud y la estaba desalojando de las cercanías de una estación de transporte. No se andaba con remilgos y usaba una feroz violencia. Los gritos de los golpeados llenaron la plaza y fueron como una advertencia para que quienes estaban cerca se alejaran rápidamente de allí.

—Alejémonos de aquí —aconsejó Izar.

Pero un pelotón de guardianes había aparecido por el otro lado y estaba estableciendo un cordón. La gente, la que pretendía huir, arreció en sus gritos.

Stan no huyó. Esperó la llegada de los guardianes mientras todo el mundo huía a su alrededor. Abrazó a la chica y contempló un poco horrorizado cómo dos tipos uniformados se dirigían hacia ellos.

Su actitud pasiva debió sorprender a los guardianes, sin duda acostumbrados a que todos huyeran ante su proximidad. Debía resultarles más normal golpear con sus porras las espaldas que hacerlo cara a cara.

—Soy ciudadano de la Tierra —dijo Stan, cuando el guardián de aspecto más brutal levantaba su porra.

La mano se mantuvo en el aire unos segundos, pero acabó bajando. El otro guardián, con su galón de suboficial en su pecho, agitó la cabeza, dubitativo.

—Tus documentos —pidió. Miró a sus compañeros correr detrás de los ciudadanos. Tal vez les envidió viéndoles golpear a diestro y siniestro, cebándose en los que caían alcanzados por los golpes y se debatían en el suelo grasiento.

Stan mostró su pasaporte, que el otro escrutó ceñudamente, para a continuación señalar a Izar.

—¿Y ella? ¿También es terrestre?

—Soy de aquí —replicó Izar.

—Identifícate. ¿Vas con el extranjero?

—Sí —contestó Stan.

—¡No te lo he preguntado a ti, sino a esa ramera!

Llegaron a la plaza varios vehículos negros, que apenas abrieron sus puertas recibieron a montones de detenidos que los guardianes arrojaban a su interior como fardos. El camino hasta los camiones quedó regado en sangre.

Stan comprendió que Izar se hallaba en un aprieto. Desconocía si ella poseía documentación falsa. Izar-Yan era muy buscada por la policía. Recordó la noche en que la conoció. Si caía en una comisaría, no saldría viva de allí.

Echó un vistazo a su alrededor. Nadie parecía reparar en ellos, ni siquiera los guardianes, ahora muy ocupados llenando los vehículos.

Metió su mano derecha en el bolsillo y la sacó cerrada. La abrió muy cerca de la nariz del guardián y le mostró un puñado de monedas de la Superioridad.

—Los ha olvidado en su casa —dijo secamente.

Confiaba en que fuera verdad que los funcionarios de Angalisy eran los más corruptibles de la galaxia, y supuso que el dinero sería suficiente para no hacerle recapacitar a aquel energúmeno que la chica podía ser una presa mucho más valiosa que un puñado de dinero.

—¡Lárgate! —mascculló el guardián agarrando las monedas. Su compañero se acercó más. Esperaba su parte.

Stan empujó a Izar fuera de la plaza. No se atrevieron a correr, pero caminaron todo lo deprisa que pudieron. Detrás dejaron protestas, lamentos y gritos de desesperación. La redada continuaba, se dijo que pocos de los detenidos volverían a ver la luz del día siguiente.

—¿Por qué todo esto? —preguntó a la chica cuando se consideraron a salvo.

—No lo sé. Es extraño. No hay motivos para efectuar esta redada —Izar rió amargamente—. En realidad, no los hay para nada, para justificar tanta violencia. Ha debido ocurrir algo. Es mejor que regresemos al refugio.

No estaban muy lejos de él y durante el camino intentaron caminar tranquilos, pero fue por poco tiempo. Enseguida vieron que lejos se efectuaban otras operaciones como de la que habían escapado en la plaza.

El guardián que había tomado el dinero se lo repartía con su compañero cuando vio de reojo que se les acercaba un oficial. Soltó un juramento. Aquel condenado debía haber visto las monedas y acudía a tomar su parte.

Sin embargo, no la pidió de inmediato. Tenía en su mirada un aire de fastidio cuando preguntó:

—¿Por qué les habéis dejado ir? Me refiero a esa pareja.

—Ella era una pequeña puta, señor —contestó el guardián, calculando cuánto se llevaría su superior—. El otro, nada más que un maldito terrestre.

El rostro del oficial palideció.

—¿Estás loco? Precisamente andamos tras un tipo extranjero. Se han rastreado todos los hoteles donde estaban alojados y sólo nos falta por localizar a uno.

El guardián sintió que su mano se le convertía en gelatina a causa del miedo súbitamente introducido en su cuerpo, y algunas monedas se le escaparon de entre los dedos convulsos.

—Nadie me dijo nada, señor —contestó balbuciente.

—Así es, señor —contestó el otro—. Nos dijeron que cargáramos contra todos los adultos que hubiera en esta plaza.

El oficial les maldijo y empezó a gesticular, llamando a sus subalternos. Se volvió iracundo hacia los dos guardianes.

—Decidme en qué dirección huyeron.

Se la señalaron los dos a la vez y porfiando a ver quién era el más temblón.

Cuando el oficial comunicó a su superior lo ocurrido, éste, más calmoso, asintió y dijo:

—No perdamos la calma. Ellos se creen a salvo. Los perseguiremos sin que se den cuenta. Quizá tengamos al final una caza mayor.

Mientras tanto, Izar apartó a Stan de la calle principal y le empujó hasta un callejón aparentemente sin salida.

Corrieron hasta el fondo. Una puerta de madera cerrada les cortaba el paso. La chica la empujó y le mostró a su acompañante

un oscuro túnel.

—Por aquí burlaremos a los guardias y estaremos enseguida cerca del refugio.

El lugar era estrecho y olía terriblemente. Stan respiró aliviado cuando de nuevo alcanzaron la claridad del día. Se asomaron a una calle y avistó a la derecha la casa que suponía debía ser su salvación.

Aunque se encontraron con la puerta cerrada, después de comprobar que los alrededores estaban desiertos, como si la gente se hubiera esfumado, se les abrió apenas Izar la golpeara suavemente.

Era Wran-Gil quien les permitió entrar, cerrando a continuación tras sus espaldas.

—Estaba preocupado por vosotros —dijo tras indicarles que marcharan a su despacho.

—¿Qué está pasando ahora en la ciudad? —inquirió Stan.

En el despacho de Wran había tres personas más. El terrestre conocía a dos de ellas. El tercer hombre fue presentado por Wran como Ismal, un tipo corpulento en cuyo cinturón brillaban dos pistolas láser. Era la primera vez que Stan veía a un activista armado.

—Ni siquiera aquí estamos seguros —dijo Wran. En aquel momento se abrió una puerta y entro Oen Nelson.

—Vaya jaleo has armado —dijo Oen mirando a Stan.

—¿Qué quieres decir?

—Han puesto la ciudad boca arriba por tu causa.

—¿Quieres decir que los soldados están buscándome? Bah, no puede ser. Hace poco dije a uno, cuando le sobornaba, que yo soy terrestre.

—No puede ser —musitó Wran.

—Es cierto —intervino Izar.

—De todas formas, habéis tenido suerte. Ese guardián debía ser un patán o le cegó la codicia —dijo Wran—. En todo caso, estamos seguros de que te buscan, Stan.

—Pero ¿por qué?

—Tal vez diversos hechos que han ocurrido desde ayer nos puedan dar una respuesta —Wran chasqueó la lengua—. En primer lugar, llegó una nave procedente de Selwun de la cual

desembarcaron agentes de la Superioridad. Acudió a recibirlos el jefe de la policía en nombre del mismo jerarca. Sabemos por nuestros espías que estuvieron toda la noche trazando un plan, aunque no nos enteramos hasta el mismo momento en que lo pusieron en marcha.

—Sigo sin entenderlo —Stan meneó la cabeza, aturdido—. ¿Por qué la Superioridad colabora con las autoridades de Angalisy para detenerme? Un simple mensaje que recibiera en mi hotel me haría ponerme a disposición de quien fuese.

Wran miró a Stan fijamente primero y luego dejó caer su mirada en Izar.

—Los hoteles fueron los primeros sitios que miraron. Ha sido una verdadera suerte que anoche no durmieras allí.

Oen Nelson emitió una risa irónica que llegó a molestar a Stan.

—A mí me despertaron a primera hora y me interrogaron. Todavía no comprendo cómo me dejaron ir. Apenas me vi en la calle, corrí hacia aquí.

—¿No te relacionaron conmigo?

—Aunque parezca asombroso, no.

—Sin embargo, ahora sí lo estarán haciendo —dijo Wran—. Tú tampoco deberías volver al hotel, Nelson.

—Me pregunto qué puedo hacer. Estoy deseando largarme de este mundo.

—Hay medios para hacerlo —sonrió Ismal Era la primera vez que hablaba desde que le fuera presentado a Stan, y éste admiró la firmeza de su voz—. No serán capaces de interrumpir el tráfico comercial El gobierno de Kalzer depende demasiado de los Mundos Libres como para impedir que las naves de los comerciantes despeguen.

—Quiere decir que podemos embarcaros en alguna de ellas esta misma noche —añadió Wran—. Es nuestro medio de escape cuando las cosas se nos ponen difíciles en Angalisy.

—El astropuerto estará vigilado muy estrechamente —dijo Stan.

—Déjanos a nosotros resolver ese problema —dijo Ismal—. Ahora, prepárate a recibir la segunda noticia: la Superioridad anunciará la incorporación de nuestro mundo en su comunidad.

Stan Swoger jamás había esperado oír semejante disparate. Para él era una aberración que la Superioridad acogiera a un mundo

como Angalisy.

—No puedo creerlo —dijo.

—Es cierto —asintió Oen Nelson—. Y ahora todo encaja, muchacho. Grabea puede echarse a temblar. El ejército de Angalisy será armado hasta los dientes y pronto marchará a la guerra, y no apuesto una milésima de crédito a que Grabea aguante un mes. Antes de este tiempo claudicará y los mundos en litigio pasarán a dominio de Kalzer, lo que es lo mismo que decir que la Tierra dominará en ellos y cortará este sector de galaxia en dos.

—Así es, Stan —dijo Izar—. Nosotros nos temíamos algo parecido desde hace tiempo. Kalzer dejará de oír críticas veladas, se afianzará en su trono cubierto de sangre y el pueblo de Angalisy será usado para enriquecer a la élite adicta al régimen —añadió sonriendo con amargura—. Lo peor es que la historia llegará a reconocerle como un benefactor, cuando cierta prosperidad llegue a este planeta. Es fácil conseguirlo si primero se hunde al pueblo en la miseria más espantosa.

—Destrúyelo todo y después te llamarán el reconstructor —gruñó Oen—. Una táctica que da resultado a la larga y que los conformistas admitirán aquí con satisfacción. Se olvidarán enseguida de los cientos de miles de hijos de Angalisy que morirán por causa de Kalzer y en beneficio de la Superioridad. Por supuesto, los habitantes de Grabea serán ignorados aún más.

Wran se paseó nervioso por la habitación.

Se plantó junto a un mapa de la ciudad y, mientras lo examinaba, dijo:

—Llegarán técnicos de la Superioridad para todo: instructores que organizarán un ejército de invasión, economistas que atajarán la inflación y la falta de trabajo, la situación impuesta para hundirnos, y luego levantar a quienes queden con vida. La gente tiene mala memoria, Stan. En todas las ciudades de este planeta se levantarán estatuas y aplaudirán los olvidadizos. Pero todavía podemos hacer algo.

—Sólo se me ocurre meternos de cabeza en un agujero —dijo Stan, lleno de escepticismo.

—Nada de eso —bramó Ismal—. Se acarició sus armas—. Si en la galaxia se sabe cuál es la intención de la Superioridad antes de que se haga pública, todavía contaremos con una posibilidad de que

la integración no se lleve a cabo.

—Ismal tiene razón —dijo Oen—. Mis noticias inundarían la galaxia. Los Mundos Libres y de la Realeza, todos cuantos temen a la Superioridad, tendrían tiempo de pactar alianzas y formar un cordón sanitario en torno a Angalisy. ¿Conoces a Taroe de Ancorea, Stan?

—Naturalmente. Es un portavoz del gobierno terrestre, quien decide en la política más sucia que se cuece entre bastidores.

—Pues él está ahora en el astropuerto de la ciudad, bien oculto en unas dependencias, como una alimaña esperando tu captura para respirar tranquilo y poder entrevistarse con la bestia de Kalzer antes de que se firmen los acuerdos.

—Y no lo hará mientras tema que tú puedas echarlo todo a rodar —dijo Wran.

—No puedo creer que todo dependa de mí. ¿Por qué fui enviado aquí si a la Superioridad no le interesaba mi presencia?

Nadie pudo darle una respuesta, y Stan se devanó los sesos intentando alcanzar la explicación adecuada.

—Tenemos que transmitir nuestros informes, Stan —dijo Oen—. Mis grabaciones harían levantar ampollas. No todos los políticos de la Tierra están de acuerdo con el tratado. Apenas sepan lo que es Angalisy, pondrán trabas y exigirán la vuelta de Taroe de Ancorea. Tú y yo podemos lograrlo.

—¿Dónde encontraríamos las instalaciones precisas? —exclamó Stan con angustia. Miró a Wran—: ¿Acaso disponéis de ellas?

—No.

—Pero están en el astropuerto. Sólo tenemos que adueñarnos de ellas durante unas pocas horas, y luego introducirnos en una nave de los Mundos Libres —dijo Ismal.

Stan pensó que aquel hombre de acción debía tener un plan.

En aquel momento sonaron golpes en la puerta de entrada, y a continuación una voz estentórea demandando entrar.

—Son los guardianes —dijo Ismal sacando sus pistolas.

Observaron lo que ocurría fuera a través de las pantallas de televisión. La casa estaba totalmente rodeada de guardianes. Algunas tanquetas enfilaban hacia ella sus lanzadores láser.

—Alguien ha debido hablar —susurro Izar, como si temiera que la oyeran los sitiadores.

—Lo lamento por él, por quien sea —convino Ismal—. Este lugar ha dejado de ser seguro. Debemos largarnos.

Stan se preguntó cómo iban a hacerlo. Habían corrido todo el alrededor de la casa y no existía un resquicio libre de la presencia de los guardianes. Las pantallas mostraban grupos nutridos y armados hasta los dientes.

Junto a la puerta persistían varios hombres, golpeándola con las culatas de sus armas, y el oficial conminándoles a salir.

Ismal ya había tomado el mando y dijo con calma:

—Bajen a los sótanos.

Al ver que Stan miraba perplejo, Izar le explicó:

—Existe una salida secreta.

Sonaron disparos contra la puerta.

—No nos darán tiempo —opinó Oen.

Cuando salieron del cuarto, se cruzaron con vanos hombres armados que corrían a tomar posiciones para defender la entrada.

—Ellos nos darán la oportunidad de escapar —dijo Wran, ceniciento su rostro.

—Pero no podrán escapar más tarde...

—Lo saben. Comprenden que es preciso para la causa que nosotros nos salvemos.

Rodeado por la humedad del sótano, siguiendo la luz temblona de la lámpara que portaba Wran, Stan pensó que toda organización subversiva que se precie debe contar con elementos fanáticos, como aquellos idealistas que estaban dispuestos a dejarse matar defendiéndoles.

El camino por el túnel fue horrible. Era estrecho y el techo no cesaba de filtrar agua, la mayor parte procedente de cloacas. Antes de salir al exterior, tras haber ascendido por una rampa de tierra fangosa, Ismal se adelantó para escrutar los alrededores.

—No hay peligro —dijo al volver.

Surgieron a una parte de la ciudad cuyas casas eran ruinas.

—Por aquí sólo hay vagabundos y la policía apenas viene —explicó Wran—. Seguramente consideran que no vale la pena.

El líder de la resistencia sorprendió una vez más a los terrestres cuando les condujo hasta una edificación de lamentable aspecto exterior, pero en donde había una media docena de vehículos.

—Nos dispersaremos —dijo Wran—. Hasta el anochecer no será

aconsejable ir al astropuerto. Allí nos veremos todos.

Stan sintió la garganta reseca cuando dijo:

—Pero, ¿cómo me las apañaré para moverme por allí?

—Yo iré con vosotros —al ver la expresión de ignorancia en Stan al no comprender quién le acompañaría, añadió—: Oen Nelson, por supuesto. Nadie más.

—Os repito que nos encontraremos allí —aseguró Wran.

—Estoy pensado que este plan ya lo teníais preparado —dijo Oen.

—¿Qué creías? —Rió Izar dirigiéndose a un vehículo—. Vamos.

10

—JAMÁS había visto llevar a cabo una operación de búsqueda más torpe —se quejó Taroe de Ancorea.

A poca distancia de él, Lonvy Sugiyama le miró un instante, después de apartarse de su observatorio, desde el cual dominaba casi la totalidad de la enorme sala de espera del astropuerto.

Había estado intentado ver con sus propios ojos a Lorena Cannon, sin conseguirlo. Pero sabía que estaba allí.

En algún rincón de la sala, Lorena debía permanecer sentada, esperando el visto bueno de la aduana para entrar oficialmente en el planeta.

Lonvy ignoró totalmente al Embajador. Sólo pensaba en la mujer. ¿Qué estaría pensando ella? La impaciencia la debía estar enervando, sin duda. Ya llevaba esperando seis días. Había bastado una orden desde Selwun para que las autoridades locales retuviesen su pasaporte y dilatasen el momento del visado.

Al menos había impedido que ella se reuniese con Stan, aunque lo consideraba difícil. Localizar a un hombre en una ciudad tan grande como aquélla no era tarea fácil, pensó.

—Decía que el desarrollo de la búsqueda de Stan ha sido un desastre —masculló Taroe.

—Oh, sí. Estoy de acuerdo con usted, señor —respondió Lonvy dando un respingo. Había olvidado totalmente la presencia de aquel personaje—. Era de temer, señor. Esta gente está muy mal organizada. Al parecer, apoya en la represión más brutal el dominio de la subversión.

—No existe oposición en Angalisy.

Lonvy objetó:

—Yo no estaría tan seguro, señor.

—Bah, nada importante.

La estancia estaba bien acondicionada. Había bebidas y comida en una mesa, aunque apenas habían hecho uso de ellas. Si acaso un poco de vino, no muy malo del todo, había opinado Lonvy cuando lo probó.

Recordó que poco antes había estado allí un tipo que dijo ser Comisario de la ciudad. Sus noticias no podían ser más desalentadoras: Stan Swoger no estaba en su hotel cuando fueron a detenerle, y al cabo de varias horas seguía sin aparecer. Sin embargo, cuando Lonvy conoció que el compañero de habitación de Stan era un tal Oen Nelson, se enfureció al saber que había sido dejado en libertad.

Reprendió al Comisario, con duras palabras. Le dijo que Oen era un elemento casi tan peligroso como Stan. Cuando el nativo se marchó, tuvo que explicar al Embajador.

—Es un individuo que estuvo merodeando en la Delegación con el fin de obtener un visado para Angalisy; cuando supe cuál era su profesión, se lo negué rotundamente.

—¿Qué profesión?

—Sus credenciales aseguran que actúa como reportero independiente, pero sus trabajos son muy apreciados por las agencias sensacionalistas. Obviamente, consideré que su presencia aquí, en estas fechas, podía acarrearnos problemas.

—Descríbamelo.

Lonvy lo hizo y, apenas acabó, vio que el Embajador palidecía intensamente.

—¿Se presentó como reportero? —preguntó con voz ronca.

—No, sino como presunto comerciante. Sin duda, adquirió en el mercado negro una personalidad falsa y visados...

—Por los dioses, Sugiyama —exclamó Taroe—. Ese individuo no tenía necesidad de hacerse con documentación falsa: la poseía desde que salió de la Tierra, sin duda. Sólo se presentó en la Delegación para burlarse de usted y de todos sus funcionarios.

—No comprendo...

—Oen Nelson, o como se llame, es un enviado del sector gubernamental que se opone a nuestra política en esta zona estelar.

Lonvy deglutió dificultosamente. Había, pues, dos elementos peligrosos en la ciudad. ¿Cuál podía resultarles más dañino? Él no tenía ninguna culpa de la presencia de Oen, pero si el Embajador

llegaba a enterarse de que Stan estaba allí a causa de una maniobra suya para defenestrarle, podía considerar acabada su carrera.

—¿Qué piensa hacer?

—Esta misma noche me entrevistaré con el Jerarca —repuso Taroe estremeciéndose—. Si nuestra conversación no dura mucho, dispondré que la noticia sea dada a continuación. Lo más tarde mañana, a primera hora.

«Te lo juegas todo a un envite», pensó Lonvy. Quizá era lo mejor.

Pidió permiso para retirarse un instante, y, antes de obtenerlo, se marchó de la estancia. Bajó hasta la sala de espera tras pasar delante de la guardia personal del Embajador. Empezó a buscar a Lorena. Tenía que hallarla lo antes posible. Necesitaba convencerla de que quería ayudarla. Dentro de poco ella sabría que Stan había desaparecido y él quería que le mostrara toda su confianza, como primer paso para hacerla suya.

11

STAN se sentía incómodo dentro del traje, según la moda nativa, que le habían proporcionado. Por el rabillo del ojo observó a Oen y comprendió que le ocurría otro tanto. Delante de los dos caminaba, muy erguida, Izar-Yan, uniformada de guía oficial. Detrás a cierta distancia y procurando pasar desapercibidos, cinco hombres que Ismal les había puesto como guardaespaldas; o al menos era lo que Stan suponía que eran.

Entrar en el recinto del viejo y destartalado astropuerto no les supuso ningún inconveniente. Izar se encargó de mostrar un montón de papeles a los guardianes. Se dieron cuenta muy pronto de que la gente no salía de allí, y apenas se permitía el acceso a las instalaciones.

Sin embargo, poco después observó que un grupo de visitantes, entre los que identificó a varios activistas, caminaban paralelamente a ellos y hacia la misma dirección al parecer.

La sorpresa mayor para Stan supuso cuando pasó junto a un retén de guardias y entre ellos vio a Wran-Gil. Vestía uniforme de oficial y lo llevaba con la suficiente indiferencia como para engañar a cualquiera.

El plan que él desconocía ya estaba en marcha. Ahora sólo quedaba por saber si iba a dar resultado.

Se preguntaba dónde podía estar enclavado el centro de comunicaciones cuando Izar le hizo un gesto para que se detuviera. Estaban delante de una entrada controlada por rayos, y detrás se veía una pareja de guardianes que vigilaban aburridamente.

—Esperad un poco —susurró Izar.

A lo lejos se abría la gran sala de espera, repleta de sufridos pasajeros. Al volverse, Stan vio que los falsos guardianes, con Wran a la cabeza, se encaminaban hacia la entrada.

Wran hizo un ademán y reclamó la aproximación de los dos soldados, quienes se acercaron hasta la barrera energética.

—Abrid —demandó Wran con gesto imperioso.

Los dos soldados titubearon. Uno empezó a decir que se precisaba de un control y Wran le acalló, insultándolo a la vez que le amenazaba con enviarle a un sitio que Stan supuso debía ser horrible, porque el aturdido guardián se apresuró a manipular en una mesa de control.

La barrera desapareció rápidamente y Wran la cruzó seguido de sus hombres.

Debió suceder algo que llegó a despertar las sospechas en los soldados. Stan pensó que algo debía estar incorrecto en el uniforme de los falsos guardianes. Todo sucedió con rapidez vertiginosa. Antes de que los vigilantes pudieran echar a correr para dar la voz de alarma, los hombres de Stan manejaron sus armas y les abatieron.

Desde el otro lado, Wran gritó:

—Vamos, entrad.

Stan lo hizo tras echar una mirada a sus espaldas. Cerca del corredor que comunicaba con la sala de espera, Ismal y su grupo tomaban posiciones para defender el enclave recién conquistado.

Izar condujo a Stan y Oen a través de un corredor. Al fondo había una rampa y la subieron. Arriba, tras una puerta medio cerrada, estaba el centro de comunicación. Al haberse suprimido temporalmente los aterrizajes y partidas, los técnicos bostezaban de aburrimiento.

Allí había una docena de hombres y mujeres que necesitaron bastante tiempo para comprender que eran reducidos por los activistas. Todos fueron atados y encerrados en una habitación.

Con gesto teatral, Wran señaló los aparatos:

—Están a vuestra disposición; pero daos prisa.

—Cada uno enviará sus noticias al mismo tiempo —dijo Oen sentándose delante de una consola—. ¿Entendido, Stan?

Swoger asintió y se enfrentó a su comunicador. Dudó un instante, se mordió los labios y empezó a marcar los códigos de enlace con la sede gubernamental en la Tierra de la Superioridad. El mensaje, a través de las microondas láser, no tardaría en ser recibido más allá de cuarenta minutos. El consumo de energía sería

enorme, pero antes de que en el astropuerto se dieran cuenta del derroche ellos habrían terminado.

La mente de Stan se activó y maquinalmente fue transformando en frases escuetas todo cuanto había ido archivando mnemóticamente. A veces miraba de soslayo a Oen y le encontraba tan ocupado en su trabajo que parecía estar aislado de todo.

Acabó cuando Oen todavía seguía enviando su informe. A Stan se le antojó excesivamente largo. Se incorporó y miró a Izar. Creyó percibir en la mirada de ella un gesto de reproche, como si quisiera decirle en silencio que el momento de su despedida estaba cerca. No supo qué hacer y agachó la cabeza. La vio alejarse y optó por dirigirse a la salida. Sin cruzar el umbral, echó un vistazo a la sala.

Entonces, su corazón sufrió un vuelco. Si al principio no estuvo seguro, como si su mente se resistiese a admitir lo que sus ojos veían, le bastaron unos escasos segundos para comprender que era cierto: Lorena estaba allí; pero lo peor era que a su lado permanecía Lonvy Sugiyama.

Tuvo que escuchar la voz de Wran porque hablaba muy fuerte, y al parecer dirigiéndose concretamente a él:

—... Cuando termine Oen iremos directamente a las pistas a través de los túneles de mercancías. Dejaremos una grabación puesta que anulará la orden de prohibición de despegue para dentro de una hora. Es el tiempo que estimamos que tardará el enemigo en descubrir...

No siguió oyendo más. Echó a correr, cruzó por delante de los dos activistas y no quiso oír los gritos de Izar que le conminaban a regresar.

Pasó lejos del grupo bajo el mando de Ismal, quien apenas tuvo tiempo de soltar una exclamación. Oyó que le gritaba loco y algo más que no pudo entender.

Enseguida estuvo en la sala, abriéndose paso entre la multitud. Corrió hacia el sitio donde había visto a Lorena y se detuvo jadeante y lleno de angustia al no verla ya.

Convirtió en sordos sus oídos ante las protestas de la gente a la que empujaba en una loca carrera. Encontró unas escaleras y ascendió varios peldaños para alcanzar desde cierta altura más campo visual.

Ahogó un grito al descubrir otra vez a Lorena. Lonvy la llevaba

de un brazo y se encaminaban hacia unos pórticos donde brillaban advertencias de prohibido el paso. Comprendió que era la zona militarizada. El largo y opaco ojo de una cristalera atrajo su atención. Debía de ser un mirador, un puesto de vigilancia.

Bajó de las escaleras y corrió ciegamente, gritando el nombre de Lorena aunque sabía que ella no podía oírle en medio del tumulto existente en la sala.

12

LOS soldados le dijeron a Lonvy que el Embajador se había ausentado del mirador.

Pensó que Taroe de Ancorea tardaría en regresar, quizá porque se había decidido al fin por acceder a entrevistarse con el Jerarca. Para hacerlo tenía que haberse trasladado a la sección de comunicaciones, al otro lado de la sala.

—Aquí estaremos bien, sin que seamos molestados —dijo a Lorena señalando la habitación con el gran cristal de una sola dirección visual.

Además de ser una estancia a prueba de escuchas, desde allí podía saber en qué momento el Embajador iba a regresar. Dominaba toda la sala.

Lorena se dejó conducir hasta unos sillones y se acomodó en uno. Se encontraba terriblemente cansada y no tenía más remedio que agradecer a Lonvy que la hubiera sacado de la sala, donde la multitud la ahogaba y la aturdía. El calor era excesivo y los olores corporales de la gente demasiado penetrantes.

—No debiste haber venido —la recriminó suavemente—. Has corrido muchos riesgos.

—Sabías que estaba aquí, ¿no? —inspiró ella levantando la mirada. Se hallaba confundida. La actitud de Lonvy era sumamente amable y cordial, la de un buen amigo que quería ayudarla.

—Sí, claro.

—¿Y has venido a Angalisy sólo por mí?

Lonvy sonrió. Ella le estaba ofreciendo la posibilidad que esperaba.

—¿Qué otro motivo puedo tener? —Se inclinó sobre ella, le tomó una mano y se la acarició—. No debo ser yo quien te diga lo que se sospecha en la Delegación que ha hecho Stan.

—¿Algo sucio? ¿Insinúas que su presencia aquí, es ilegal?

—Melnick nos lo hubiera dicho de no haber muerto — suspiró Lonvy—. Recibió dinero de Stan y más tarde tuvo que acceder a sus peticiones, a todas luces fuera de las normas.

Lorena entornó los ojos. Su fatiga, acumulada tras varios días de penosa espera en el astropuerto, había dejado profundas huellas en sus ojos.

—No sé qué pensar ahora —musitó.

—Confía en mí. Regresa lo antes posible a Selwun. Te sería imposible reunirte con Stan, además de que no te conviene.

—¿Cómo puedo hacerlo? Todo está incomunicado...

—Mi nave privada no pueden retenerla. Gozo de prioridad. Puedes regresar conmigo. Te prometo que dejaré aquí las instrucciones para que Stan sea encontrado... Como sea y dónde sea.

—No debes molestarte, Lonvy.

Sugiyama soltó un gruñido. Por su parte, Lorena emitió una exclamación de sorpresa y alegría y se incorporó de un salto, para, seguidamente, arrojarse en los brazos de Stan. Detrás de él apareció un soldado, rifle en mano, que se disculpó:

—Lo siento, señor, pero me dijo que usted le esperaba.

—Márchese —dijo Lonvy roncamente—. Déjenos solos. Le llamaré si le necesito.

Nervioso. Lonvy dirigió miradas a la ventana y a la pareja.

En aquel momento vio que algo ocurría en la sala. Decenas de soldados con uniformes pardos abrían un pasillo entre la gesticulante multitud, por donde avanzaba a grandes zancadas el Embajador.

Stan se apartó de Lorena y también miró hacia abajo.

—Ah, el señor de Ancorea —sonrió—. Ha debido saber que el centro de comunicación ha sido usado, y no precisamente para algo que le complace.

—preguntó Lonvy. Despacio, con movimientos pausados, echó la mano atrás y empezó a acariciar la culata de su láser de ceremonias.

—Mi informe, Lonvy. He transmitido a la Tierra mi informe.

—Magnífico. Esto significará tu sentencia. Has actuado en contra de los intereses de la Superioridad, causando problemas en su política estelar.

—Te acusa de haber extorsionado a Melnick para obtener este

trabajo, Stan —dijo Lorena señalando a Lonvy.

—Yo temería haber caído ahora en su trampa si no fuera porque es él quien ha cavado su propia fosa —sonrió Stan.

Lonvy echó un vistazo abajo. Taroe ya estaba cerca de las escaleras que le coincidirían allí. Tenía que actuar con rapidez. En pocos minutos, el Embajador le estaría preguntando qué hacía Stan Swogen en la habitación.

El Delegado mostró su pistola y dijo fingiendo un gran pesar:

—Lo siento, pero debo entregarte, Stan. Pesan sobre ti muchas acusaciones. Has debido de estar loco últimamente. De todas formas, haré por vosotros lo que pueda, sobre todo por Lorena.

—Oh, no finjas más. Los grupos de la resistencia tomaron el centro de comunicaciones.

Lonvy respondió:

—Ya lo has dicho. Tú lo usaste para enviar tu informe. Esto es peor para ti. Me temo que será la justicia de Angalisy quien te juzgue, y ya sabes cómo es.

—Pero Oen Nelson también lo hizo, al mismo tiempo que yo. ¿No temes que la opinión pública de la Tierra se haga demasiadas preguntas?

Lonvy palideció. Le importaba muy poco el parecer de la plebe de la Superioridad. Lo terrorífico era que Oen Nelson actuaba al servicio del sector gubernamental opuesto a la alianza con Angalisy. Aquel cretino ignoraba todavía el mal que les acababa de hacer el falso corresponsal de noticias.

Escuchó pasos presurosos, ruidos de armas en el corredor.

Lonvy extendió su arma. Apuntó. Se mordió los labios cuando vio la expresión de terror en Lorena. Si mataba allí mismo a Stan, la perdería para siempre, pero antes estaba su vida, su seguridad. Si no podía conseguir por las buenas a la mujer que amaba, lo intentaría por los medios que fueran. Conocía muchos.

El grito de Lorena se confundió con la voz del Embajador que le conminaba a deponer su pistola.

—Quieto, Sugiyama, por los dioses furiosos, no me prive de poder averiguar qué sucede aquí.

—¿Puede decirme qué ha descubierto en el control de comunicaciones, señor? —preguntó Lonvy sin bajar su arma.

—Los activistas. Han sido ellos, y han debido de utilizarlo para

algo.

—Por supuesto, para que el hombre que busca, Stan Swoger, pudiera transmitir su maldito informe a la Tierra, señor.

El Embajador volteó la mirada para posaría en Stan.

—¿Swoger? ¿Es Swoger? —Usó una voz ronca para repetir el nombre de Stan. Se pasó una mano por la frente. Miró a través de la ventana. Abajo, los soldados seguían empujando a la multitud. Querían despejar la sala a toda costa—. Swoger está aquí, ¿pero a dónde han ido sus cómplices?

—¿No ha sido apresado nadie, señor?

—El control estaba desierto, Lonvy; ni rastro de ellos. No lo entiendo. Yo debí entrar apenas ellos terminaron de usar los transmisores. La prueba está aquí, en Swoger. Quizá se cruzó conmigo, no sé.

En aquel momento se escuchó el lejano rugido de una nave al despegar.

—¿Quién ha dado la orden de levantar el cierre del astropuerto? —exclamó estupefacto el Embajador.

A continuación, todo el edificio tembló ligeramente al producirse un segundo despegue, sin duda desde un muelle muy próximo.

Entró un oficial y dijo:

—Son los navíos de los Mundos Libres y de la Realeza, señora de Ancorea. Todos están aprestándose a despegar.

—¡Imposible! El control está sin servicio y sus técnicos todavía sin haberse recuperado del ataque.

—Señor… Lo cierto es que todas las naves que permanecían a la espera están disponiéndose a partir, desconocemos su orden de lanzamiento y… Estaba pensando que podríamos interceptarlas en los muelles enviando carros de combate.

Stan soltó una risa.

—Quien quiera largarse de este planeta puede hacerlo porque nada le detendrá después de haber conseguido el permiso desde el control —dijo.

—¡Una grabación falsa! —Dijo Lonvy—. Esos malditos han debido dejarla —Amenazó a Stan—. Te acordarás de esto, te lo juro.

El Embajador se desplomó en un sillón. Agitó su cabeza y dijo lleno de pesadumbre, abatido.

—Seguro que los activistas han huido en alguna de ellas.

—Así es. Escaparon a tiempo y tenían previsto hacerlo en la primera que partiera. —Stan miró hacia el exterior. Las luces brillantes en la noche seguían elevándose hacia el cielo—. Por el momento han salido una docena. Averigüe en cuál de ellas van, señor.

Otro oficial se personó en la habitación. Era también de la guardia privada del Emperador.

Señor, el Jerarca de Angalisy se aproxima al astropuerto. No pudo reprimir una sonrisa divertida y añadió—. Viene acompañado de una parafernalia estrambótica. Al parecer, quiere impresionar.

Evidentemente, el tirano del planeta había enviado por delante a su guardia de élite, la cual estaba reemplazando a los soldados que habían despejado al público que esperaba. Nadie pudo explicarse dónde había ido a parar la multitud. La sala aparecía desierta, excepto por los muchos uniformes que la habían convertido en parda.

—Busque a alguien de relevancia y dígale que informe al Jerarca que puede retomar a su palacio —dijo despacio el Embajador.

—Un hombre se abrió paso entre los oficiales de Taroe y se plantó en el centro de la habitación. Después de sonreír, dijo:

—Es una buena medida, señor de Ancorea.

Todos se volvieron para mirar a Oen Nelson.

13

—¿QUIÉN es usted? —dijo Lonvy adelantando su brazo armado hacia el recién llegado.

Taroe movió los hombros y exclamó.

—¿No lo comprende, estúpido? Es su falso periodista, en realidad el representante de los enemigos del entendimiento de la Superioridad con Angalisy.

—¡Oen! —Estalló de alegría Stan—. Eres un maldito embustero, por muy personaje que seas. Un mentiroso para mí.

—¿No pudo huir con los activistas? —inquirió Lonvy.

—No quise. Ellos están a salvo, rumbo a un Mundo Libre —Oen suspiró e indicó la persona de Lonvy a los soldados de la guardia del Embajador—. Detened al Delegado —miró irónico a Taroe—. ¿Le importa que su guardia personal me preste un pequeño servicio?

El señor de Ancorea negó con la cabeza. Sostenía todavía en sus labios una sonrisa triste.

—¡No! —Gritó Lonvy retrocediendo a la vez que los soldados avanzaban hacia él—. Dispararé si...

Los hombres uniformados titubearon. La estancia era demasiado pequeña. Unos disparos allí podían ocasionar una matanza indiscriminada.

Lonvy empujó al Embajador que estuvo a punto de caer de su silla, pasó a la otra habitación y cerró la puerta tras él. Los soldados corrieron y uno de ellos tuvo que disparar para saltar el cierre. Cuando entraron, no vieron al Delegado por ninguna parte.

—Dejadle —les dijo Oen—, Sólo tiene una salida, y, si yo fuera él, no me atrevería a tomarla.

Stan miró a Oen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Mira —dijo Nelson señalando al ventanal.

Todos miraron, incluso el desanimado Embajador.

—Cuando un tirano como Kalzer se dispone a visitar algún lugar, sus perros guardianes toman posiciones porque saben que existen miles de manos ansiosas de justicia. ¿Os imagináis a un tipo como Lonvy corriendo entre tantos soldados nerviosos, y armados con una pistola?

De repente, Lonvy apareció abajo. Debió haber bajado vertiginosamente las escaleras para llegar tan pronto a la sala. Parecía ciego y siguió corriendo en busca de una salida. Entre las filas de uniformes pardos cundió una vibración. Los oficiales a su mando miraron estupefactos al individuo que con una pistola en la mano corría a trompicones.

Brillaron las armas y cientos de trazos luminosos confluyeron en el cuerpo agitado de Lonvy. El Delegado se detuvo como si hubiera chocado con un muro y se derrumbó igual que si, de pronto, sus huesos se le hubieran convertido en gelatina.

—Supongo que Kalzer será informado de esto, y ante la noticia de que un loco pretendía matarle desistirá de venir aquí —suspiró el Embajador.

—Mejor sería así —sonrió Oen—. Por nada del mundo me gustaría verle frente a frente, y mucho menos tener que estrecharle la mano.

—En tal caso, querido colega, sugiero que nos marchemos de aquí cuanto antes —dijo Taroe.

—¿En su nave Embajador?

—Por supuesto —Miró a Stan y Lorena—. Su caso, señor Swoger, será sobreseído. Confío que una investigación rutinaria nos demostrará que el desdichado Sugiyama lo urdió todo para buscar su perdición —arrugó el ceño—. Aunque la verdad, no llego a comprender a qué se debía la aversión que le tenía.

Stan no encontró una respuesta, aunque Lorena se atrevió a iniciar una leve sonrisa. Oen la captó y le devolvió una mirada de complicidad sin que lo viera Stan.

—Sin duda le será adjudicada, aunque sea indirectamente, la muerte de Melnick.

Lorena pensó que debía contar a Oen muchas cosas, como por ejemplo que ella presenció el asesinato de Nicholas a través del

visor. Decidió dejarlo para una ocasión más tranquila.

—¿Podremos salir de aquí? —preguntó Stan.

—Oh, sí —sonrió Oen—, Incluso a través de los sicarios de Kalzer. Hagámoslo antes de que su mano aparezca. ¿Alguna dificultad para que su nave despegue, señor?

—Ninguna —respondió Taroe—. En realidad, era de Lonvy, pero me temo que él no podrá darnos un permiso.

Mientras bajaban las escaleras, Oen preguntó al Embajador:

—¿Lamenta algo?

—Sólo el tiempo perdido.

—No lo sienta. A gente como Kalzer es mejor mantenerla aislada. La tierra hubiera perdido mucho a largo plazo teniendo un amigo como él.

—Le confieso que siempre me sentí incómodo con esta misión.

"Espero que sus amigos del gobierno olviden el asunto Angalisy.

—No lo creo así.

Oen, mientras cruzaban por delante de los soldados de uniformes pardos, caminando tranquilamente, ignorándoles, expresó su descontento y dijo:

—¿Es que no se ha convencido todavía?

—Quiero decir que no debíamos olvidar a Angalisy. Por el bien de su población, me refiero. Mantener a un tirano como Kalzer es más difícil que empujarle un poquito para que se caiga de su pedestal.

—Si sigue pensando así, creo que vamos a terminar entendiéndonos, señor de Ancorea.

—Todo sea por la buena imagen de la Superioridad.

—Tal vez es tiempo también de cambiar un poco las cosas en la Tierra —dijo muy serio Oen—. Somos muchos los que echamos de menos los tiempos en que nuestro planeta era respetado y admirado en la galaxia.

—Usted es uno de esos románticos que añoran los viejos tiempos, ¿no? —Sonrió el señor de Ancorea con displicencia—. Sueña con los caballeros andantes del Orden Estelar. Quisiera poder emularlos.

Oen asintió.

—¿Por qué no? Ellos hicieron realidad el sueño de volver a unir los mundos dispersos tras la caída del Imperio, lograron que fueran

olvidarlos los desmanes de los enzarkanes.

Stan caminaba llevando a Lorena bien sujeta por los hombros. Miraba a un lado y otro, y escuchaba el diálogo sereno de Taroe y Oen Nelson, que le parecía insólito en aquel lugar cargado de peligros para ellos. Andando entre las filas de hoscos soldados del tirano de Angalisy, notaba con nerviosismo que sus oficiales estaban inquietos. Más allá de los pardos uniformes, un general de Kalzer inclinaba la cabeza para oír una información de un coronel recién llegado a la sala tras una carrera.

—Me temo que nuestra marcha no será fácil —dijo Stan adelantándose para ponerse a la altura de Oen y el señor de Ancorea Están saliendo de su estupor, y ese coronel tan acalorado ha debido venir con instrucciones de su amo.

—Ya lo he visto, Swoger —mascullló Oen—. Sigamos adelante. El general al mando de estos salvajes sigue pensando si debe detenemos. Seguro que se halla atemorizado, luchando interiormente. Sabe a lo que expone si comete un desliz estando su jefe máximo tan cerca.

—No se atreverá a ponerme la mano encima —dijo el Embajador—. Sin embargo, el tono de su voz le traicionaba, le había temblado demasiado para no dejar de poner en duda su seguridad aparente.

—Pues entonces dígale que se aparte —dijo Stan—, porque ese sapo lleno de condecoraciones viene hacia nosotros.

Efectivamente, el general había echado a andar. Daba pasos que pretendían ser firmes, pero cuando estuvo cerca de los terrestres miró recelosamente a la guardia armada del Embajador, a pesar de que ésta apenas la componía un par de docenas de soldados.

Los oficiales del tirano impartieron órdenes y la tropa parda se movilizó, cerrando un círculo amplio alrededor del grupo de terrestres.

El general carraspeó y dijo:

—Señor Embajador, siento decirle que usted y su... comitiva no podrán salir de este recinto.

—¿Puede explicarme por qué, general? —preguntó Taroe con altanería.

—Ese hombre que tuvimos que matar salió armado, precisamente, del observatorio. Hemos sabido que se llamaba...

—Sí, lo sé. Lonvy Sugiyama.

—Era un terrestre, señor, un funcionario de la Superioridad —estalló el general, enfurecido por la serenidad de Taroe—. Había venido a Angalisy bajo la protección diplomática. Mis hombres tuvieron que matarle; le confundieron con un activista.

—Bah, general. Era un pobre desdichado que se volvió loco. El Embajador movió una mano con gesto grandilocuente para quitar importancia al hecho—. Sufrió una enajenación mental, había ocasionado problemas.

—¿Qué problemas?

—Por ejemplo, tenemos el jaleo que promovió al lanzar una falsa orden de captura contra un honrado ciudadano de la Superioridad, precisamente aquí presente. —Y señaló con una sonrisa tibia.

El general miró a Stan y luego a Oen Nelson. De nuevo el coronel se inclinó sobre él y le musitó unas palabras que nadie fue capaz de oír. Aparentemente mejor informado, el general dijo:

—El Jerarca llegará dentro de muy poco. Les ruego que regresen al observatorio y...

—¡Me niego! —Protestó Taroe—. He dado por terminada mi estancia en Angalisy, dadas las circunstancias, y he dispuesto nuestro regreso.

—Señor, ¿y su entrevista con su Excelencia el Jerarca?

—Ha quedado aplazada. ¿Por qué no comunica de una vez al Jerarca que ya no es precisa su presencia aquí y que puede regresar a su palacio? Mi gobierno le enviará en breve una nota explicativa.

—Esa explicación tendrá que dársela usted en persona, Embajador —dijo el coronel con una autoridad que sorprendió a todos.

Stan le miró perplejo, pero Oen comprendió enseguida que el coronel, en cierto modo, poseía más rango efectivo que el general, al pertenecer al séquito personal del Jerarca y ser un alto jefe del cuerpo represivo especial, una especie de ejército paralelo al regular que se encargaba de mantener a la población sumisa a base de terror.

La escolta del Embajador se movió súbitamente. Con movimientos muy ensayados se desplazó alrededor de su protegido. AI mismo tiempo, los soldados nativos estrecharon el círculo y sus

armas emitieron chasquidos al ser montadas.

—¿Sabe a lo que se expone si uno de sus bastardos llegara a perder los nervios y disparase, coronel? —preguntó Gen.

—Yo sé que mi jerarca desea hablar con el Embajador. Es cuanto necesito saber. Así me lo ha ordenado. Tengo que retenerles hasta que él llegue. Está muy furioso desde que supo que usted, Embajador, había decidido unilateralmente suspender la ceremonia de la firma de los pactos.

Taroe de Ancorea se encogió de hombros y emitió un suspiro de resignación.

—Está bien —dijo—. Accedo a entrevistarme con su Jerarca, señores; pero será con la condición indiscutible de que nos veamos fuera de esta horrible sala. Y de ninguna manera en el observatorio; es pequeño y caluroso.

—¿Dónde sugiere? —preguntó el coronel enarcando una ceja desconfiadamente.

—En mi nave, por supuesto.

El coronel soltó una carcajada.

—¿Pretende burlarse, Embajador? Esta sala sería un buen sitio. Mis hombres y los soldados del ejército han desalojado a la plebe. No seríamos molestados. Hemos confinado a la gente fuera del edificio.

El Embajador señaló el cadáver desmadejado del Lonvy.

—Ya ha muerto un hombre por culpa de la precipitación de sus soldados, coronel ¿Qué le parece la Cúpula de recepción de altas personalidades? Yo la encuentro muy adecuada.

El coronel parpadeó y consultó al general con la mirada. Este hizo un gesto indefinido y le dejó la responsabilidad de aceptar o no la propuesta del Embajador.

14

LA Cúpula de recepción era una construcción antigua, databa de los tiempos en que Angalisy era un mundo libre. Su dueño actual no solía usarla para recibir a las pocas personalidades que llegaban de la galaxia porque allí era donde fueron asesinados los líderes democráticos cuando él consumó, junto con otros dos compinches, el golpe de estado.

Sin embargo, el lugar era hermoso, con una vista amplia a la explanada del astropuerto. Una vez en la Cúpula, Stan comprendió el motivo del Embajador al haberla elegido. Estaba muy cerca del muelle donde permanecía el vacío diplomático.

El coronel y el general dispusieron que un buen número de soldados rodearan la construcción. La escolta de Taroe quedó fuera, pero al otro lado de la Cúpula y próxima a la nave. Dentro, sólo el Embajador, Stan, Lorena, Oen y media docena de altos oficiales nativos.

El Jerarca llegó inmediatamente. Desde el interior de la Cúpula le vieron cruzar con pasos rápidos la sala de espera, salvar de dos avanzadas la pasarela y detenerse en el umbral de la entrada principal, en donde se quedó un instante con los brazos en jarras y mirando a todos con expresión adusta.

—Embajador —dijo el tirano mientas reanudaba su andar sonoro—, cuanto está pasando es un insulto para mí y Angalisy. Exijo explicaciones y que lo pactado sea sellado ahora mismo.

Stan miró con curiosidad de Taroe. Se preguntó si el Embajador sería capaz de encontrar una trata y engañar al enfurecido Jerarca.

Unos minutos antes, lo recordaba, Taroe y Oen habían estado conversando, apartados los dos de todos en un extremo de la Cúpula. Así, cuando el Embajador respondió a Kalzer, pensó que si no estaba loco debía cumplir lo pactado con Nelson, ya que éste no

se inmutó lo más mínimo.

—Comprendo su enfado, excelencia —La voz de Taroe era extremadamente apaciguadora, incluso sumisa—. Los tumultos ocurridos recientemente aquí me impulsaron a disponer mi marcha. ¿Entiende mi postura?

—¿Por qué? —Rugió el Jerarca—. Es preciso que la Superioridad cumpla sus promesas. Necesito las armas para aplastar a Grabea, a esos cerdos.

—Repito que lo siento, señor. No quería que mi gobierno se viera involucrado en los tumultos que se suceden en la ciudad, en esos atentados que provocan los activistas.

El rostro brutal del Jerarca se enrojeció.

—Los culpables serán castigados a su debido tiempo. Ahora, Embajador, la firma; y no se preocupe por esos traidores que han huido cobardemente en las naves de los Mundos Libres. Son unos pocos locos que nunca hubieran conseguido desestabilizar mi régimen.

—Como desee su excelencia —suspiró el Embajador—. Permítame que envíe a uno de mis escoltas a la nave a buscar los documentos.

Stan pretendió entrar en la mente de Oen, conocer lo que éste pensaba de todo. Pero Nelson se limitó a sonreírle, y este gesto lo interpretó como una señal de confianza. Sin embargo, seguía pensando que si el Embajador firmaba, aunque más tarde la Superioridad rompiese el pacto, el prestigio de la Tierra se vería en una situación muy delicada. El tirano de Angalisy, en cambio saldría fortalecido y no le sería difícil conseguir créditos en otros lugares de la galaxia donde los comerciantes en armas no fueran exigentes y comprendieran que podían obtener mucho a cambio, vendiendo suministros bélicos a un planeta que podía salir triunfante de una guerra con Grabea, tras la cual sería el dueño de unos mundos muy ricos en materias primas.

El Jerarca pareció más relajado y llegó a sonreír a sus generales mientras un escolta de Taroe corría al interior de la nave del embajador.

Oen se acercó a Stan y le dijo en voz baja:

—Procura estar con Lorena cerca del túnel que conduce a nuestra nave.

—¿Qué ocurre?

—No puedo decirte mucho. Lo que puede ocurrir no entraba en mis cálculos, pero esa bestia sanguinaria estaba tan fuera de sí que yo temía que fuera a cometer la insensatez de matamos a todos, aunque luego la Superioridad declarase la guerra a Angalisy, cosa que no estoy muy seguro que hubiera ocurrido. Pero Kalzar se sentía entre la espada y la pared si no lograba la firma y resultaba peligroso —Suspiró—. Quizá esto que he permitido no sea muy ortodoxo dentro de la diplomacia, pero sí puede resultar tremendamente efectivo.

Stan volvió la cabeza para mirar hacia el pasillo. El escolta regresaba seguido de varios hombres y de una mujer. Stan palideció al reconocerla.

—Me dijiste que se habían marchado en las naves de los Mundos Libres —gruñó—, Ismal está también, y varios hombres que nos ayudaron a llegar a los comunicadores. Ella es Izar.

—La verdad es que no se marcharon todos. Cuando llegaron los soldados de Kalzer, no tuve más remedio que pedirles que se refugiaran en la nave del Embajador.

—¿Pero por qué están aquí disfrazados de funcionarios diplomáticos?

—Les pasé una nota diciéndoles lo que ocurría. Yo les propuse algo, Stan. Llámalo una intuición mía... o una locura.

Stan miró al tirano. Seguía conversando con sus sicarios, a cada momento más animado y alegre.

Para Stan no resultó difícil adivinar lo que Oen, con el consentimiento resignado de Taroe, había propuesto a los activistas. Ahora sabía por qué Oen quería que él y Lorena estuvieran cerca de la salida, lo más próximos al túnel que debía llevarles al interior de la nave.

—Cariño, ¿cuándo nos marchamos? —le preguntó Lorena. Se había acercado a él en el preciso instante en que Izar-Yan se aproximaba.

Stan vio a la chica que les miraba de reojo, se mordía los labios y pasaba tensa delante de él, esforzándose por no desviar la cabeza un milímetro. Vio también a Ismal, quien le guiñó un ojo.

El grupo de activistas se dirigió hacia el centro de la Cúpula donde los hombres de Kalzer habían dispuesto una mesa varias

sillas y una especie de trono para el déspota.

El ambiente parecía más relajado allí, y también fuera en donde los soldados se mostraban menos vigilantes y sus armas ya no apuntaban a nadie en particular.

Lorena captó la palidez de Stan y le preguntó qué ocurría.

—Esto es una locura —fue su respuesta—, coincidiendo con la opinión de Oen de que iban a ser testigos de un hecho muy peligroso para todos.

El Jerarca ocupó pomposamente su trono e hizo un gesto al Embajador, indicándole los papeles que un funcionario había depositado sobre la mesa.

—Éste es un momento histórico, excelencia —sonrió Taroe—, que será recordado siempre en Angalisy.

—Sin duda —se rió el tirano—. Será el comienzo de una nueva era.

—¡Será tu final, asesino! —gritó Ismal. Había sacado un láser de un maletín, del mismo del que poco antes extrajera los documentos —. Y será el comienzo de la libertad para Angalisy. Los tiranos sólo pueden ser derrotados de esta manera: ¡Con su muerte!

Cundía todavía el estupor entre Kalzer y sus adictos cuando Ismal lanzó una descarga sobre los soldados apostados en la otra puerta. Uno de los activistas corrió a cerrarla. Al otro lado quedaron docenas de uniformes pardos, docenas de rostros sobrecogidos por la sorpresa.

Izar se volvió hacia los terrestres. Agitaba un arma similar a la de Ismal para mantener a Kalzer y los demás con los brazos en alto. Después de mirar a Stan y su compañera, dijo al Embajador:

—Ahora deben marcharse. Esto es un asunto que nos concierne exclusivamente a nosotros. La superioridad hará bien en olvidar a Angalisy por algún tiempo. Cuando la gente sepa que ha muerto el tirano, perderá su miedo y saldrá a la calle a reconquistar la libertad perdida.

El tirano se había derrumbado en un sillón, que ya no parecía un trono, sino el reclinatorio de un hombre convulsionado por el miedo a la muerte inminente.

El coronel fue el único con valor suficiente para intentar sacar su arma, pero su gesto resultó inútil porque uno de los activistas disparó contra su cabeza, y luego lo hizo varias veces más contra el

cuerpo cuando todavía se retorcía en el suelo.

—¿Qué esperáis para largaros? —gritó Izar. Sus ojos se humedecieron y volvió la cabeza para que Lorena no viera sus lágrimas.

Ismal retrocedió hasta su compañera, le puso una mano en el cuello y trató de calmarla mientras decía a los terrestres:

—Hacedlo, por favor. Nosotros vamos a volar todo esto. No tenemos ninguna escapatoria, pero nuestro gesto valdrá la pena porque aquí habrá acabado el despotismo del Kalzer. Yo tendré el privilegio de vengar a miles de inocentes, matando a esa bestia con mis propias manos antes de que sus sabuesos intenten entrar. Pero a fe mía que vosotros no lograréis escapar con vida si os demoráis un segundo más.

En aquel momento, sus dedos comenzaron al apretar el cuello de Izar. Ésta abrió la boca como buscando aire, soltó el arma y sus piernas empezaron a doblarse. Antes de que cayera al suelo, Ismal la sujetó y pidió a Oen con una sonrisa:

—Amigo, llévatela. Ella no merece morir con nosotros —dirigió una mirada fulminante a Stan, cargada de reproches—. Wran Gil viaja hacía un Mundo Libre. Que Izar se reúna con él, y cuando regresen aquí lo hagan a un mundo como realmente querían

Oen tomó entre sus brazos a la muchacha y echó a andar hacia el túnel. Al otro lado de la Cúpula, podían verlo gracias a los segmentos transparentes, los soldados la golpeaban y miraban incrédulos lo que pasaba dentro, impotentes sus oficiales y todos cada vez más nerviosos.

Stan dirigió una última mirada a Kalzer. Sentía deseos de vomitar, imaginándose lo que iba a acontecer allí apenas despegara la nave del Embajador. Tomó a Lorena con fuerza por la cintura y cruzó el túnel, llevándola consigo y diciéndose que era un ser despreciable.

Detrás de él le siguió el Embajador, sin pronunciar palabra.

15

—HEMOS detectado una explosión en el astropuerto —le anunció Oen.

—Así que lo hicieron —dijo Stan lúgubremente. Llevaban varias horas alejándose de Angalisy, próxima la nave a entrar en el hiperespacio—. Me pregunto si semejante masacre habrá valido para algo.

—Eso lo sabremos muy pronto. ¿Y Lorena?

—Descansa —respondió Stan, prefiriendo no mirar directamente a Oen—. Le suministré un calmante. Estaba agotada.

—Acabo de dejar al honorable Taroe de Ancorea —se rió Oen—. Ahora que ha terminado todo, supongo que, parcialmente, comprende que su carrera diplomática ha entrado en barrena. Te aconsejo que no intentes verle durante el viaje a causa del mal humor que se ha apoderado de él. ¡Está insoportable!

—Me imagino que cuanto ha hecho Taroe ha sido obligado por ti —Stan se movió nervioso. En el solitario comedor, con el sordo rumor que procedía de las entrañas de las naves como única compañía en los silencios que se producía entre ellos, el ambiente se hizo más tenso.

Al cabo de un instante, Oen sugirió a Stan.

—Vamos, suéltalo.

—¿Qué quieres decir?

—Estás rabiando por preguntarme acerca de Izar. ¿Quieres saber cómo se halla?

Stan se limitó a asentir con la cabeza.

—Se ha recuperado del golpe de Ismal que la dejó inconsciente y está bien, aunque sin ganas de hablar, muy pensativa.

—Yo iría a verla…

—No lo hagas. El viaje durará unos dos días, hasta el mundo de

la Superioridad donde la desembarcaremos, según sus deseos. Stan, esta nave es grande y si lo queréis no os encontraréis. ¿No crees que sería lo más sensato para vosotros?

—Es una gran chica, Oen.

—Lo es, sí. No sé si envidiarte o sentir pena por ti. Dos mujeres estupendas. Una se juega el pellejo por ti viajando a Angalisy, y la otra... Bueno, ella es... No sé qué decir, y eso que hace poco yo creía saberlo todo respecto a las personas.

—No podría enfadarme si por eso me despreciaras, Oen.

—¿Por un asuntillo? A eso se le llamaría así en cualquier parte.

—Te equivocas si piensas que lo mío con Izar fue un asuntillo, Oen.

Y caminó hacia la puerta en busca de la soledad que ansiaba.

Oen le siguió con la mirada, agitó la cabeza y rezongó:

—Condenación, prefiero soportar todo el viaje al honorable de Ancorea antes que dejarme llevar al centro de ese maldito y eterno triángulo. Dos mujeres y un hombre. Bah. ¿Por qué resulta todo tan complicado?

FIN

